

Es lo cierto que don Juan en parte era de la opinión de su criado, sobre que el diablo no debe perder el tiempo con el alma de un quídam.

Le evocaba por cumplir el compromiso contraído consigo mismo, abrigando casi la creencia de que se haría el sordo.

Pero al oír aquella voz casi en su oído, se estremeció, no atreviéndose á volver la cabeza.

Esperaba ver algo terrible, aun cuando no se traslucía ese siniestro resplandor que acompaña á Satanás, según los pintores y otras personas que no le han visto.

La idea de estar á solas con el diablo impone un poco, por más que se tenga animoso el corazón, como Zúñiga le tenía.

Y tal era la emoción que poseía el joven, que, aun cuando habían transcurrido algunos segundos, no se atrevía á hacer el menor movimiento, y mucho menos á mover el labio.

Pero el diablo, que debía conocer el proverbio inglés de que el tiempo es oro, rompió aquel silencio glacial, diciendo:

—¡Tanta prisa por llamarme, y ahora que me tienes en tu presencia enmudeces! ¿Qué es lo que deseas?

Don Juan echó de ver una ligera ironía en el acento infernal, y no le gustaba que ni el mismo diablo le imputase á miedo lo que sentía.

Así es que, sacando fuerzas de flaqueza, se apresuró á contestar, aunque sin volver la vista:

—Tú debes saber lo que yo deseo, ó dejarías de ser quien eres.

—Dices bien; lo conozco, y estoy dispuesto á servirte. Una buena acción te ha reducido á lo que eres; es decir, hoy representas un cero á la izquierda de un guarismo.

Advertimos, á manera de paréntesis, que entonces no se conocía el sistema decimal.

El diablo prosiguió:

—Eso te probará que los hombres, obrando como yo obro, no siempre admiten por bueno lo que en realidad lo es. El ayudar á tu amigo Rogelio ha cortado tu carrera en el punto en que empezaba, y tu carrera era para ti el pan de cada día.

Viéndote sin él, acudiste á tu tío fray Bernardo.

Pero el buen prior desarrolló á tus ojos un porvenir que sólo merece un perro que ha guardado mal un rebaño, y tú, entre el hambre y el *in pace* del monasterio, optaste por la primera.

Después volviste la cabeza hacia tu tío Olavide, el cual tiene bastante que hacer en ayudarse á sí mismo.

Y ahora, que has perdido toda esperanza, recurres á mí.

Así sois todos los hombres.

Concluís por daros al diablo cuando no hay una mano que remedie vuestra miseria.

Estas últimas frases, que podían figurar muy bien en una filípica del prior, picaron un tanto el amor propio del joven, quien, creyendo que no estaba en el caso

de sufrir una admonición del diablo, se apresuró á replicar:

—Si me haces esos cargos para poner á más elevado precio tus condiciones, es inútil; ya supongo que te valdrás de la ocasión. Por lo demás, yo recurro á ti cuando me parece.

—¡Veo que eres altivo!...

—Puedo serlo; aunque pobre, me tengo por honrado.

—El temor no te impide contestarme.

—Ni hacer alardes de valor; conozco que estoy en tu poder.

—En resumen, ¿qué quieres?

—Que me protejas.

—Accedo á ello, siempre y cuando que aceptes la única condición que pienso imponerte.

—Ya deseo conocerla.

—Escucha antes lo que yo te daré: te tomo bajo mi amparo, y con esto creo que está dicho todo.

—Es decir...

—Volverás á ser lo que has sido, con la importante diferencia de que antes podías aspirar á muy poco, y eso confiando en tus propias fuerzas, mientras que con mi protección todo te saldrá bien, y todo lo alcanzarás empleando los medios, al parecer naturales, para que con la precipitación de enriquecerte y ser alguien no lleguen á sospechar en ti que hay motivo para que la Inquisición te tueste, cosa que yo no podría impedir.

—Me parece que obras con lógica.

—Sobre todo, sin engaño. Volveré á colocarte en el escalón que antes ocupabas, y yo haré lo demás, de modo que parezca que lo hacen tus merecimientos.

—¿Es decir que volveré á ser alférez de guardias valonas?

—Lo serás; y yo haré que tus antiguos compañeros, y en general todas las gentes, den el valor que se merece al hecho que te dejó de paisano.

Cuidaré además de que nada te falte; yo proveeré tus necesidades, para lo cual no es necesario que vuelvas á invocarme, pues yo me apareceré cuando sea necesario.

—Ahora...

—Sí, falta lo más principal, lo que exijo de ti. Escúchame, pues.

No quiero tu alma.

Para mí supone muy poco.

Yo sólo trabajo por el alma de un rey, de un papa, de un sabio, por un alma, en fin, que represente una época, que arrastre algo en pos de sí.

En este concepto, tu alma no puede tentar ni aun al ser más ínfimo de los que me sirven en el infierno.

—No soy nada orgulloso, y no me mortifica nada de lo que dices; pero entonces, ¿qué es lo que pretendes de mí?

—Que me des la mitad de todo cuanto obtengas por mi conducto.

—¡Nada más! — exclamó el joven, admirado de la escasa ambición de Lucifer.

—Nada más: hoy te parece poco; algún día comprenderás lo que esto significa.

—Me parece poco en verdad..., y acaso consiste en que no lo entiendo bien.

—Me explicaré, para que no alegues luego ignorancia y sepas á lo que te comprometes. Hasta ahora, en todos los pactos conmigo, el hombre no ha comprometido más que su espíritu: de este compromiso no ha sacado el diablo gran provecho, porque únicamente se refería á su sola espiritualidad. Yo quiero dar mayor ensanche á mis operaciones, de manera que la posesión de un individuo pueda servirme para la posesión de otros.

Al efecto deseo, no el espíritu, sino la persona.

Al darme la mitad de lo que por mi mediación obtengas, seremos dos á disfrutarlo cuando á mí me convenga: el diablo y tú.

Cuando descanses, yo me agitaré por ti en servicio de mis planes, pero sin comprometerte lo más mínimo.

En resumen, cuando recibas el despacho de alférez, ingresará también el diablo en la guardia valona.

Esta es la condición que te impongo.

Quiero saber si tú voluntariamente consientes en que yo te sustituya cuando lo crea necesario, porque así convenga á mis propósitos.

El joven estuvo reflexionando algunos instantes sobre el alcance de esta proposición.

El diablo había dado palabra de no comprometerle.

Si la cumplía, no había inconveniente en acceder.

Pero era preciso dejarse abierta una callejuela para escapar siempre que viese comprometida su honradez, para lo cual le preguntó:

—¿Seré yo dueño de rescindir el contrato si veo que algún día abusas de él?

—Desde luego.

—Y ¿en qué forma podré conocer que me veo libre de ti?

—En el momento en que tal suceda, bastará con que hagas renuncia de los cargos que desempeñes y repartas tu dinero, si le tienes, entre los pobres, volviendo voluntariamente á la condición en que hoy estás.

—¿Obrando de ese modo quedará roto el compromiso?

—Sí.

—Pues acepto.

--No te pesará.

---

De este modo quedaba cerrado el trato, al parecer.

Sin embargo, Juan creyó que faltaba algo, y algo esencial.

No tenía una moneda en su bolsillo, y era necesario gastar en equipo y en uniforme.

Además, no tenía casa, ni esperanza de comer

hasta cobrar la primera paga, para lo cual había de pasar un mes desde la fecha en que recibiese el despacho.

Creía muy natural que la protección del diablo debía tocarse desde el momento de quedar cerrado el trato.

Acaso Luzbel leía en su pensamiento, y creía lo mismo.

Lo demás era dejar las cosas á medio hacer.

En prueba de ello, turbó las reflexiones del joven un sonido metálico y sintió un objeto que caía á sus pies.

Al mismo tiempo la voz le decía:

—Ahí tienes para los primeros gastos que necesariamente han de ocurrírsete: conviene que te instales donde antes vivías, que son las señas que tienen en el cuartel de guardias, para que sepan adónde han de remitirte el despacho de alférez, y tener yo un sitio seguro donde encontrarte el día en que te necesite.

—Lo haré así,—dijo Juan, cogiendo el bolsillo, cuyo peso específico le regocijó.

—¡Es oro, á juzgar por el sonido!—dijo para sí, lleno de gozo.

El diablo añadió:

—Creo que no tenemos más que hablar.

—Se me figura lo mismo.

—¿Desconfías de mí?

—No, pues veo empiezas á cumplir tus promesas de protección; yo no poseía una blanca hace poco, y ahora puedo afrontar mi situación.

—Cumplamos cada cual lo prometido, y no tendremos queja uno de otro.

—Por mi parte, en eso quedo.

—Y yo. Puesto que nada tenemos que hacer aquí, conviene que te alejes.

—Adiós, pues...

—¿Cómo?

—Es verdad; esa palabra no debe acercarse á tus oídos.

—Vé en paz; te dispenso los cumplimientos.

El joven recogió su espada y se alejó, tomando dirección de la villa.

---

Tal fué la escena de aquella noche.

Tal fué la que, sin quitar ni añadir punto ni coma, refirió á su criado al día siguiente en la hostería después de un suculento almuerzo.

Antonio volvió á abrazarle.

—¡A lo menos, — exclamó, — podemos estar tranquilos por el alma, puesto que no juega ningún papel en este negocio!

—Ciertamente, por muy depresivo que sea para mí. Constará siempre que el diablo no la ha querido, lo cual indica que debe valer bien poco.

—¡Demos gracias á Dios por esa circunstancia!... Peor sería que...

Antonio se interrumpió, tornándose taciturno.

—¿Qué tienes? — le preguntó su amo, en vista de tal y tan repentina mudanza.



—Una cosa que .. hasta puede impedirme volver á vuestro servicio.

—¡Cómo, bergante! ¿Pensarías en abandonarme?

—Señor, el caso es serio. Satanás ha prometido valerse de vos para sus fines, tomar vuestra apariencia...

—Pero sin compromiso para mi persona.

—¡No se trata de eso..., sino de que, como él no ha de darse á conocer por ninguna seña exterior, habrá momentos en que esté yo sirviendo al diablo creyendo que sirvo á vuestra merced!

Juan no pudo resistir á un arranque de hilaridad ante aquel terror tan cómicamente expresado.

En seguida llamó para pagar la cuenta.

Una nueva idea hizo palidecer á su criado.

Aquel dinero infernal, ¿pasaría entre cristianos? ¿Sería el oro de ley, ó tendría alguna aleación del infierno?

Pero las monedas eran buenas.

Ostentaban, unas el busto de Felipe V y otras el de Carlos III.

---

Amo y criado volvieron á su antigua habitación de la calle de Segovia.

Parecía que acababan de abandonarla la víspera.

La vieja que se la subarrendaba, al recibir los atrasos y un mes de adelanto, puso en sus labios la más seductora de sus sonrisas.

Antonio creyó que iba á rompérsele el espinazo.

—¡No sabéis,—exclamó aquélla,—la falta que me hace este dinero! ¡Parece que Dios me le envía!

Antonio la miró estremeciéndose, en la inteligencia de que aquellas monedas iban á abrasar su mano.

Cuando estuvo á solas con su amo exclamó:

—¡Si supiera que esas monedas vienen del diablo!

—¡Silencio!

Ambos estuvieron durmiendo todo aquel día y la noche siguiente.

No hay cosa que produzca más dulce y prolongado sueño que una cama que aparece de improviso, cuando se espera dormir sobre guijarros.

Sin embargo, Antonio fué visitado por todo género de visiones infernales.

Se creyó tan en absoluta dependencia del demonio, que apenas se atrevía á invocar el nombre de Dios.

---

Así pasaron tres días, dándose la mejor vida posible, puesto que había costado tan poco el ganar aquel dinero.

Antonio hubiera sido completamente feliz sin un temor que engendraba una duda.

El despacho de alférez no llegaba.

Para ser cosa del diablo, se hacía esperar demasiado.

Aquella idea también atormentaba un poco á don Juan, por más que callaba, sin duda por no dar su brazo á torcer.

¡Tres días para alcanzar una cosa tan fácil!

Una buena recomendación lo hubiera logrado antes.

Amaneció el cuarto.

El mutuo disgusto tenía sin gana de comer á amo y criado.

Antonio, que era un tanto socarrón y mal pensado, llegó á sospechar si todo aquello sería embeleco inventado por el joven, con la idea de hacerse héroe de una aventura fantástica para la cual se necesitaba algún valor.

Venía á desmentir esta creencia aquel bolsillo preñado de monedas de oro.

Pero bien podía deberle don Juan á la liberalidad de algún amigo, afortunado en el juego.

Quizás aquella mañana célebre en que le halló en la hostería le recibió del ama de gobierno de su tío Olavide, por encargo de éste, habiendo inventado él lo demás.

Ello es que, no pudiendo contenerse, exclamó, meneando la cabeza como el hombre que duda:

—¡Páreceme que el diablo se toma demasiado tiempo para cumplir su palabra!

Don Juan, picado por aquel tonillo socarrón, replicó atufado:

—¿Qué quieres decir? ¿Se te ocurriría dudar de la verdad de mi relato?

—¡Libreme Dios de tal cosa, señor!... Pero...

—Pero ¿qué?

—Para haberlo tomado el diablo por su cuenta, tarda ya.

—¡Eres un imbécil!

—No lo niego.

—A nosotros nos parece que tarda, porque esperamos.

—Nos parece que tarda, señor, porque tarda en realidad.

—Pero ¿tú crees que el diablo tendría algún interés en engañarme? Con no haber contestado á mi evocación, bastaba.

—Es verdad; pero...

—Yo le oí decir clara y terminantemente: «Serás alférez.»

—¡Ya, ya!...

—¿Comprendes?... «Serás alférez...»

Un golpe dado en la puerta exterior hizo que la palabra espirase en los labios del joven.

Uno y otro se miraron con cierta emoción.

Cuando se habla del diablo, cualquier ruido asusta.

Los golpes se repitieron.

Antonio acudió á la puerta y abrió la mirilla, por donde asomó una mano que dejó entre las de aquél un pliego cerrado.

El mozo abrió la puerta y asomó la cabeza.

No había nadie en la calle.

Cosa bastante singular, porque aquella mano debía pertenecer á alguien.

Se le figuró que aquel pliego quemaba.

Inmediatamente volvió á la habitación, entregándosele á su amo, cuyo nombre estaba en el sobre al lado del sello del ministerio de la Guerra.

Don Juan le abrió con mano trémula, y después de enterarse de su contenido, exhaló un grito.

El diablo había cumplido su palabra.

Era el despacho de alférez.

Antonio se puso sombrío.

Ya no era posible dudar de la intervención diabólica en aquel asunto.





## CAPITULO XXVII

Nueve meses en veinticuatro horas.



os noches antes de tan singular suceso, la reina Amalia de Sajonia, primera y única esposa de Carlos III, recibía en uno de sus salones de confianza á las damas de servicio y á algunos personajes de la corte, que, por la importancia de sus cargos, tenían entrada en palacio.

Aquella tertulia, sin contravenir las reglas de la etiqueta, tenía cierto carácter de intimidad muy en armonía con el de la reina.

Un escritor italiano la llamó «reina amabilísima», y Flórez asegura que la ocupaba totalmente la crianza de sus hijos, «á quienes daba muy santas instruccio-

nes y, si parecía conveniente, castigaba con sus reales manos».

Por más que demostraba algún disgusto por las cosas de España, cumplidos sus deberes, se recreaba en aquellas reuniones antes de retirarse á un pequeño gabinete que tenía á modo de celda, adornado con un cristo y una calavera, donde se ejercitaba en las consideraciones y ejercicios cuyos frutos debía recoger en la gloria.

Allí se jugaba algunas noches.

Las damas podían hacer labor, y los hombres se ocupaban de política, pues la crónica escandalosa no pasaba de ciertos límites, para no disgustar á la reina.

Ya hemos dicho que Jacobo Estrañi era uno de los principales en la regia cámara, gozando de la omnímoda confianza de María Amalia.

Carlos III acudía allí muy pocas veces: no quería que la etiqueta turbase las expansiones ni la intimidad de aquellas dos horas en las que la reina deponía la majestad.

Aquella noche no había acudido aún el doctor.

Alguno afirmó que por la tarde le vió en su litera dirigirse hacia la granja de los Tilos, residencia del conde de Massi y su familia.

Pero la noticia no pasó de aquí.

Aquel lúgubre episodio tenía la propiedad de entristecer las situaciones más alegres.

Carlos y María Amalia no querían que nadie se le recordase.

La justicia seguía las actuaciones, que no lograban hacer luz en aquel misterioso drama de familia.

Lo que constaba de un modo positivo, por más que no existiesen pruebas materiales, era la participación de Rogelio como autor del hecho.

Esto empeoraba su causa.

Y como el joven disfrutaba de las simpatías de la corte, de aquí el que todos augurasen un desenlace fatal.

La benignidad de los jueces se estrellaba ante la índole del delito, y con muy buena voluntad por parte de aquéllos, se preveía una sentencia de muerte.

---

Aquella noche, en la tertulia de la reina, no se jugaba, como acontecía de ordinario.

Las damas habían interrumpido sus labores, y los caballeros sus conversaciones sobre los actos de los ministros.

La duquesa de Uceda llevaba la batuta en aquella orquesta, ejecutando al propio tiempo un aria, coreada por la admiración y el terror de los que la escuchaban.

La conversación era interesante para la época.

Se hablaba de brujas y del diablo.

Esto tenía el privilegio de llamar entonces la atención, por más que fuesen más raras las causas de aquella índole en que intervenía el Santo Oficio.

Es decir que la curiosidad estaba excitada, y que



nabía cierta emoción en aquel cónclave aristocrático, el cual no podía menos de rendir parias á las preocupaciones de una época que no había pasado aún.

Se luchaba con los resabios impresos á la suya por Felipe II.

Aun se percibía en el espacio el olor á carne quemada de las hogueras de Valladolid y de la plaza Mayor.

Únicamente entre aquellos personajes, emocionados de veras, aparecía un rostro burlón, en el cual se pintaba el sarcasmo en su expresión más viva.

Este rostro agraciado, casi hermoso, pertenecía á la joven condesa de la Estrella.

Laura, aunque de procedencia muy española, se había educado en París, y acababa de llegar á España para casarse con el conde.

Sabido es que en aquella época la Enciclopedia era una luz que fulguraba, deshaciendo las nieblas que oscurecían el horizonte de la verdad.

Había en el espacio rumores siniestros, y los muros de la Bastilla, próximos á caer, se grieteaban.

Los filósofos franceses y americanos sabían ya á qué atenerse respecto de brujas, duendes y conjuros.

La sucursal del infierno en Francia empezaba á hacer operaciones desastrosas, y el diablo era un banquero que no tardaría en presentarse en quiebra.

La joven condesa, educada en la escuela de los enciclopedistas, y en relaciones de amistad con algunos de ellos, se había acostumbrado á lo que hoy llama-

mos libre examen, censuraba en voz alta lo que se hacía con Olavide, de quien era amiga su familia, y sabía á qué atenerse en asuntos de magia negra.

Ella sola era la que oía aquella relación con la sonrisa de la incredulidad en los labios.

Se trataba de una mujer que había invocado al diablo la noche de San Juan pidiéndole un hijo que Dios negara hasta entonces al tálamo conyugal.

Una mujer que desea ser madre, hace cualquier cosa por conseguirlo.

El caso era de los más graves que registra la diablología.

Dejemos la palabra á la duquesa de Uceda, dama de edad proveya, eminentemente religiosa, fiel guardadora de las prácticas cristianas, de quien no se podía dudar en la corte.

---

—Estaba científicamente demostrado,—dijo, prosiguiendo su relación,—que aquella madre infeliz deseaba en vano la maternidad.

—Pues si la deseaba en vano, no era madre como la llamáis,—interrumpió la incorregible condesa de la Estrella.

—Estáis en un error, amiga mía.

—Pues ¿cómo?

—No lo era antes de la evocación al diablo.

—¿Y luégo?

—Sí.

—¡Por Dios, duquesa, no levantemos un falso tes-

timonio á la naturaleza! Advertid que eso pasó, segun decís, la víspera de San Juan, esto es, el 23 de Junio, y estamos á 25. En tan breve espacio de tiempo...

—Y ¿de qué serviría entonces la intervención diabólica?

—Es verdad; ahora recuerdo que el diablo es un personaje que se distingue por su actividad extraordinaria.

—Proseguid, duquesa,—dijo la reina, interesada en el relato.

—Hay que advertir que todos estos detalles son de la interesada, como consta de la causa que ayer mismo empezó á instruir el Santo Oficio; por consecuencia, yo nada reclamo para mí.

Agueda, que éste era su nombre, casada hacía ya un año, había recurrido á cuantos medios la sugiriera su ingenio para lograr su deseo de tener sucesión.

—No creo que sea *el ingenio* el que más intervenga en el hecho,—murmuró la condesa por lo bajo.

—Agotados sin éxito los medios naturales, pidió á Dios su intervención.

—Y Dios, como es natural, no la haría caso: esas cosas son de la incumbencia del marido.

—¡Condesa!... ¡Condesa!—dijo la reina, llamándola al orden con cierta sonrisa.

—Las novenas, los cirios y las limosnas no obtuvieron mejor resultado: el hijo no venía; aquellas entrañas eran verdaderamente estériles...

—Lo cual indica que la pobre Agueda hubiera hecho un triste papel entre los hebreos por su esterilidad.

—Sin duda alguna.

—Aquel pueblo tenía formada más alta idea de nosotras las mujeres.

—¡O de los hombres!—interrumpió una dama de las que componían el corro.

—Es cuestionable.

—¡Cuando admitían el divorcio por esa causa!...

—Proseguid, duquesa.

—El resultado era nulo, y el deseo cada vez más fuerte é irresistible por esto mismo. Agueda veía madres felices que se llenaban de hijos sin pretenderlo. En cambio su hogar estaba mudo, porque estaba desierto.

Aquella paz sombría no era turbada por carcajadas infantiles: los juegos ni las lágrimas de la infancia no tenían representación en ella.

Convengamos en que la desesperación de aquella pobre mujer estaba justificada.

Pero la pidió consejo, é hizo mal.

Los consejos de la desesperación son casi siempre fatales.

Y en aquella ocasión le dijo que algunas veces el diablo suele conceder lo que niega Dios.

—Es natural: esto resultará siempre en toda clase de antagonismos, y el de Dios y el diablo es tan antiguo como el mundo.

—Una cosa así debió pensar Agueda; y por más que haya datos para creer que alguien le sugirió la idea, ella no ha acusado á nadie.

—Alguna vieja comadre. Está averiguado que son las que más se comunican con Satanás, de quien son semiparientes.

—¡Tai vez!

—No lo dudéis, duquesa: las viejas tienen el diablo metido en el cuerpo.

Esta observación hizo enrojecer á la duquesa, que pasaba ya de los sesenta.

Las damas se miraron unas á otras, sonriéndose maliciosamente.

Pero la joven condesa de la Estrella pareció no apercebirse del efecto que había causado su epigramática observación.

La duquesa, lamentándose interiormente de haber nacido algunos años antes, prosiguió:

—Sea de ello lo que quiera, Agueda pensó en el diablo, decidiendo obligarle, ya que la ocasión estaba cercana. Es creencia popular que el diablo es más asequible en la noche de la víspera de San Juan, aunque nunca me he explicado el porqué. Pero dicen los que le tratan...

—¿Los que le tratan, duquesa?

—Por lo menos, los que están más impuestos en sus cosas.

—En efecto, eso dicen,—interrumpió un tercero, que tenía parientes entre los familiares del Santo Ofi-

cio. - La víspera de San Juan está el diablo más pre-  
dispuesto á hacer de las suyas.

—¡Qué honor para el Bautista!—murmuró la con-  
desa con equívoco acento.

La de Uceda prosiguió:

—Agueda salió aquella noche de su casa resuelta á  
todo. Llevaba la agonía en el alma y la esperanza en  
el deseo. La mal aconsejada joven no veía más que un  
medio á su alcance, y le ponía en práctica, sin reparar  
en que era un medio reprobado.

Quería un hijo á todo trance, y se le pedía á Sa-  
tanás.

Anduvo errante por la villa, esperando que los re-  
lojes marcaran la media noche, hora clásica para tales  
conjuros y tales apariciones.

A lo menos la tradición la consagra.

—Eso dicen los biógrafos del diablo, lo cual hace  
muy poco honor á sus costumbres: es una hora que  
todo el que se respete debe pasarla en su casa.

—Agueda se dirigió al puente de Segovia.

—¡Donde acaso estaría bañándose Lucifer!—inte-  
rumpió la condesa, prorrumpiendo en una irreveren-  
te carcajada.

Las damas la miraron de cierto modo.

Un barón que era familiar del Santo Oficio la hizo  
cero.

En cuanto á la reina, á quién había divertido aque-  
lla balnearia observación, se contentó con decirla:

—¡Pero, condesa, sois incorregible!

La dama, dirigiéndose á la de Uceda, á quien aquellas interrupciones mortificaban sin duda, le dijo:

—Perdonad, duquesa, pero no ha podido menos de hacerme reir la ocurrencia de vuestra Agueda yendo á buscar al diablo en el sitio en que lavan la ropa las lavanderas.

—¿Creéis que es invención mía?

—Desde luégo que no. Vos, y cualquiera de nosotros, le hubierais buscado más cerca: ¿á qué molestarle tanto? En fin, proseguid, ahora que estáis en la parte más interesante de vuestro relato.

—Como digo, Agueda esperó á que dieran las doce para hacer la invocación. El diablo no tardó en acudir.

—¡Qué horror! —interrumpieron las damas, mirándose unas á otras, y estrechando las distancias.

La duquesa disfrutaba ese placer secreto del orador que ve al auditorio pendiente de sus labios.

En aquel momento hubiera sacado los ojos al atrevido que negase la existencia de Lucifer.

Pero en la tertulia de la reina no había más enciclopedista que la condesa.

Ésta no pudo menos de pensar en Voltaire y en Federico de Prusia.

La narradora prosiguió:

—Se hizo el pacto; ya podéis calcular en qué términos, y cuál sería el precio. Desde aquel momento el alma de la pobre Agueda pertenecía á Satanás: la había dado por la vida de su hijo. Al día siguiente, su esposo, lleno de gozo, la habló al oído. Las vecinas

repararon en su grosura, y en el barrio se la dió la enhorabuena. Cuando llegó la noche, sintió los primeros dolores de la maternidad.

---

Al llegar á este pasaje, la condesa no pudo reprimir una estrepitosa carcajada, que formaba contraste con el terror de que estaban poseídas las damas.

—¡Cómo! - exclamó la de Uceda. —¿Os reís de lo que hace estremecerse á tantas almas cristianas?

—¡Pero, por Dios, duquesa!... ¿Por quién nos habéis tomado? ¡Vuestra relación ni aun sería admitida en un corrillo de comadres del Campillo de Manuela!

—¿Es decir que lo ponéis en duda?

—¡Pues no!... ¡Ahí es nada! ¡Forzar la naturaleza de modo que en veinticuatro horas haga la obra de nueve meses!

—¡Pero cuando la misma interesada, arrepentida ya, se lo confió á su confesor!... ¡Cuando murió aquella noche de resultas del parto!...

—Aun así, lo dudo.

—¡Condesa!

—¡Lo niego!—repitió con más fuerte acento.

—Y ¿cómo os explicáis hechos tan probados?

—Aquella infeliz padecía una aberración...; ¡estaba loca!

—¡Loca!

—¡O era una embaucadora! No puede presumirse otra cosa, y me inclino á esto último. Tuvo la habili-



dad suficiente para ocultar su estado, no sé por qué ni con qué intento, y á última hora inventó aquella fabula..., tal vez para persuadir á su marido de una paternidad que acaso no le pertenecía, y que era necesario que admitiese.

Aquella explicación tan sencilla y tan lógica se oponía al efecto que había causado el relato de la duquesa.

La aristocracia, lo mismo que el pueblo, se paga siempre de las cosas sobrenaturales.

Entre una verdad que enseña y un error que halaga, se está casi siempre por el último, y causa alguna molestia el admitir que no haya sido uno el que ha dado con la explicación del enigma.

Indudablemente lo más verosímil era lo que afirmaba la condesa.

No obstante, todas las miradas se fijaron en ella, y aun la misma reina parecía dirigirla un reproche por su incredulidad.

Pero ella sostuvo aquellas mudas recriminaciones con la impavidez de un matemático que prueba que dos y dos son cuatro, contra aquellos que trataban de negarle la demostración.

Quitar al diablo su papel en aquella aventura era pasar de la tragedia al sainete de una manera demasiado rápida.

Y el auditorio estaba harto impresionado para consentir en ello.

Sin embargo, la condesa estaba dispuesta á no entregarse.

Se encontraba dispuesta á discutir con cuantos rechazasen su demostración.

Por fortuna suya un hombre vino en su auxilio cuando menos lo esperaba.

Era Jacobo Estrañi.

CAPITULO XXVIII





## CAPITULO XXVIII

---

La tertulia de la reina.



El doctor había llegado hacía diez minutos.

Sólo los que estaban más apartados del corro que formaban las señoras se apercibieron de su presencia.

Enterado de que se trataba de una cosa interesante para el auditorio, como era en aquella época todo lo que hiciese referencia al diablo, permaneció en la última fila, esperando para presentarse á que la duquesa terminase su relación.

Poco á poco fué interesándole el asunto por el problema que entrañaba.

Esto es, si el diablo podía forzar á la naturaleza, re-

duciendo á veinticuatro horas la obra de nueve meses.

Era un asunto que se relacionaba con su profesión.

Y á admitir el principio que de aquella se desprendía, eran inútiles las universidades.

El hombre que en adelante se dedicase á la ciencia de curar debía trasladar sus estudios al infierno, puesto que allí había profesores tan excelentes.

¿Para qué seguir años y años los preceptos consignados en los libros?

Satanás sustituía á Galeno.

Este era el primero, el único principio de la ciencia.

Todo lo que venía después era dictado por la impotencia ó la nulidad.

Era la estupidez erigida en sistema.

Un diploma del infierno valía más que un diploma de Salamanca firmado por todo el claustro.

Satanás era el doctor de los doctores.

Lo que habían hecho los hombres lo deshacía él.

La obra de los siglos era un minuto en su obra.

Su Génesis era una condenación del Génesis humano.

Dios había hecho el mundo material en seis días.

A él le bastaban algunas horas para construir el mundo intelectual.

Dios se valía de los cuatro elementos.

A él le bastaban las ideas.

Dios formó al hombre.

Él lo tomó como instrumento de su poder.

Dios hizo el sistema.

Él, la fórmula.

Es decir que Dios venía á ser una errata del diablo.

Esto era lo que pensaba aquella sociedad que desde Isabel la Católica incurrió en el error de la Inquisición.

A este tribunal dieron el nombre del Santo Oficio, en vez de llamarle el Oficio Impío.

La Inquisición, al reconocer al diablo, reconoció su poder, infinitamente más grande que el de Dios, puesto que deshacía su obra.

Jesús y Satanás eran dos poderes.

En el orden social, el segundo era superior al primero.

A Jesús le crucificaron.

Nadie se había atrevido á crucificar á Satanás.

La bofetada que dieron á Jesús en el Pretorio romano de Jerusalén era la glorificación del diablo.

Ningún hombre se atrevió á decir que había puesto su mano en el rostro del ángel caído.

---

Pero cuando Estrañi oyó que una mujer, con ánimo varonil, se atrevió á deshacer aquella torpe calumnia inventada contra Jesús, Hijo de Dios, reflexionó un poco.

De la reflexión nace la luz.

Entonces, adelantándose para hacer constar su

presencia, saludó con el acatamiento que merecía la persona que allí representaba la majestad.

Y protestando, en nombre de la ciencia, que no puede ver pisoteada una verdad, colocándose al lado de la lógica, representada allí por la joven condesa de la Estrella, preguntó á la de Uceda:

—¿Cuándo ha sucedido el caso de que os hacéis cronista?

La duquesa se fijó en Estrañi con alguna desconfianza.

El doctor pasaba en la corte como hombre de ciencia.

Y sabido es que los hombres de ciencia, si comulgan alguna vez, no suelen hacerlo con ruedas de molino.

Además, había otro precedente.

Un médico conoce demasiado al hombre para que admita la intervención del diablo en el movimiento de esa máquina que se llama cuerpo humano, que obedece al sistema nervioso más bien que al intelectual.

Se puede admitir á Dios como principio.

Al diablo como fin, nunca.

Dicho sea con permiso de tantos *sabios* teólogos que han querido *demostrar* lo contrario.

Así es que la duquesa reflexionó sobre si debía contestar al doctor Estrañi.

Peró éste volvió á repetir la pregunta.

Y la duquesa era una persona de muy buena educación para dejarle sin respuesta.

—Esto ha sucedido,—dijo,—la víspera de San Juan, á las doce de la noche.

—¿En el puente de Segovia?—volvió á preguntar el doctor

—Precisamente.

—Según lo que he oído, decís que la Inquisición instruye sumario sobre el caso.

—Sí.

—Pues bien, desmiento al sumario; creo que la Inquisición está perdiendo un tiempo precioso.

—¿Qué decís, doctor?—exclamó la reina.

—Que soy en un todo de la opinión de la señora condesa de la Estrella: la mujer de que se trata, ó cedió á una aberración de su juicio, ó á un cálculo de mujer culpable, que trata de achacar á su marido una paternidad que no le pertenece.

La condesa aludida dirigió al doctor una mirada y una sonrisa que querían decir: «Estamos de acuerdo.»

La de Uceda miró á la reina como para indicarla que tenía la palabra.

—Y bien, doctor,—preguntó María Amalia,—¿en qué datos apoyáis vuestro atrevido mentís?

Todas las miradas se fijaron en Estrañi, creyendo que estaba cogido.

Pero él, como si no se apercibiese de tal cosa, contestó:

—En que el diablo no pudo estar esa noche ni á esa hora en el puente de Segovia, puesto que estaba en otra parte.

—¿En dónde?

—Al pie de una encina, á pocos pasos del monasterio de San Jerónimo.

—¡Doctor! —exclamaron la reina y todas las damas.

—No atestiguo con muertos..., y me remito á lo que diga don Juan de Zúñiga, ex alferez de guardias valonas.

---

Este nombre se había hecho popular en la corte á consecuencia del sangriento episodio habido en casa de los condes de Massi.

Se trataba de un joven que había arriesgado su porvenir por salvar á un amigo.

Para las damas era simpático.

Para los caballeros, digno ejemplo que debía imitarse.

El castigo que siguió á la falta era lógico.

Sin embargo, todos le encontraron duro.

Juan de Zúñiga pasaba como el prototipo de la amistad, de la abnegación.

Y muchas damas, que no se habían fijado en él hasta entonces cuando estaba de servicio en palacio, recordaron luégo que era un muchacho aceptable, casi un buen mozo.

Aquel nombre, lanzado allí cuando nadie le esperaba, produjo su efecto.

La misma reina le recordó.

—Pero ¿qué tiene que ver en este lance don Juan de Zúñiga?—dijo.



—Porque él estuvo hablando con el diablo esa noche y á esa hora junto á las tapias del monasterio de San Jerónimo del Prado.

—¡El!—exclamaron á una todas las damas.

—Y Juan de Zúñiga ha probado ya que es hombre muy capaz de entenderse con Lucifer.

---

Desde este momento, el caso entraba ya en una fase más novelesca.

No se trataba de una mujer de imaginación calenturienta, que había evocado al diablo en un sitio casi ridículo, como afirmaba la condesa de la Estrella, aludiendo á un sitio frecuentado por lavanderas.

Tratábase de un caballero, de un joven buen mozo y digno, que había ido á buscar al espíritu de las tinieblas donde se le encuentra, junto á la mansión del que reza, como un monasterio, ó junto á la del que duerme, como un campo santo.

Es decir, donde al diablo se le puede perder algo.

¿Qué tiene que hacer junto al río el emperador del fuego?

Las palabras de Estrañi aumentaron el interés que habían despertado las de la duquesa.

Todos adivinaron que allí se ocultaba algo raro y novelesco.

Al mismo tiempo no se podía dudar de lo que decía el doctor, pues pasaba en la corte por hombre serio.

Así, pues, todos, especialmente *todas*, se olvidaron de Agueda, la pobre parturiente, para pensar en Juan de Zúñiga.

Y la misma condesa, que entonces creía en el diablo, sin poder dominarse, exclamó:

—Contadnos eso, doctor: debe ser interesante.

—Por lo menos, cierto.

La reina, que al fin era mujer, preguntó:

—¿Conque ese Juan de Zúñiga ha hablado con el diablo?

—Tanto y tan bien,—contestó el doctor,—que el diablo ha adquirido compromisos con ese joven.

—¿Compromisos de qué?

—De ayudarle, de protegerle en su truncada carrera... Os digo que ha llegado á seducir á Lucifer.

—¡Lo creo! —exclamó la condesa de la Estrella.

—Y el diablo, por mi conducto, os pide que le ayudéis en tan noble empresa.

—¡Nosotras! —dijo la reina santiguándose, aunque no era beata.

—¿Quién más que vuestra majestad puede hacerlo? No se trata de un hombre indigno.

—Cierto que no.

—Y vos no abogaríais por él si se tratara,—añadió la condesa.

—Celebro mereceros tal concepto, señora.

—Pero si no me engaño, habéis dicho que el diablo nos suplicaba por vuestro conducto.

—¡Doctor!... ¡doctor!

—Vuestra admiración cesará en el momento que os diga que yo presencié la entrevista aquella noche.

—¡Vos!

—Ni más, ni menos.

—¡Pero vos!

---

En aquel momento Estrañi se elevaba á cien codos sobre el coloso de Rodas; es decir, poco más bajo que el pico de Tenerife, pero ya es elevación.

Un hombre que ha hablado con el diablo, no es un personaje cualquiera.

Todas las damas, y la misma reina, llegaron á presumir que el diablo le había elegido por su médico, en el caso de que Lucifer esté sujeto á enfermedades, que esto no estaba entonces bien averiguado.

En efecto, ¿qué otra cosa que la terapéutica podía haber puesto al doctor en relación con el diablo?

Estrañi no parecía gozar de su triunfo, como si en realidad no lo fuera.

Sin embargo, se le miraba de cierto modo.

¡El hombre que pulsaba al rey y á la reina pulsar también á Satanás!

Aunque en tal caso, á éste era á quien correspondía mostrarse ofendido.

La verdad es que todos tenían deseos de saber, y nadie se atrevía á preguntar.

Estrañi afirmaba cosas muy graves.

Por algo menos estaba Olavide en las prisiones del Santo Oficio bajo el peso de una sentencia.

Y eso que no constaba que el colonizador de Sierra Morena se hubiese comunicado directamente con Lucifer.

Pero al fin y al cabo, Estrañi comprendió que debía una explicación.

A lo menos para rechazar el epíteto de diablófilo que aquellas damas y aquellos caballeros tenían derecho á arrojar sobre su fama.

Hasta podían decir que su ciencia venía del diablo, cosa que no conviene á ningún hombre que se dedica á tomar el pulso á sus semejantes, especialmente en un país en que puede sujetarse al cuerpo á los *suaves* procedimientos del Santo Oficio.

Estrañi aprovechó el silencio que reinaba para decir:

—Se trata de un caso de mi profesión, que me ha hecho testigo de la escena más original que he presenciado en mi vida.

—¿La entrevista de Zúñiga con Lucifer?—preguntó María Amalia.

—Como he tenido el honor de decírselo á vuestra majestad.

—Pero ¿habláis formal, doctor?

—Si vuestra majestad y las respetables y dignas personas que la acompañan se sirven darme oídos, verán que no las engaño.

—¡Ya estoy ansiosa por conocer esa aventura!—repuso la reina.

—Sí, sí, hablad, doctor, puesto que la reina lo per-

mite,—dijo la condesa, que no podía moderar su impaciencia.

—Es que el caso es tan terrorífico como original.

—Mejor.

—Hago esta advertencia para que cada una de las personas que me escuchan procure dominar su sistema nervioso. Sentiría causar pesadillas esta noche.

—No, no, doctor; le dominaremos..., hasta el punto de conspirar contra vuestro bolsillo, no dándoos que hacer en algún tiempo.

—Pues, confiado en esa promesa, doy principio á mi verídico relato.





## CAPITULO XXIX

---

El embajador del diablo.



El doctor se recostó en una chimenea de mármol, cuya repisa ostentaba búcaros con flores cortadas aquella mañana en la Casa de Campo.

La reina estaba á su derecha.

Las damas se apiñaban en torno, y los hombres, en pie, completaban los detalles de aquel cuadro.

La ansiedad pintada en todos los semblantes era una demostración de lo interesante que debía ser el relato que esperaban.

La *soirée* seguía en el terreno que había empezado. Es decir, era enteramente diabólica.

El doctor comenzó á hacer uso de la palabra en los siguientes términos :

— Se trata de la víspera de San Juan. Aquella noche me privé, aunque involuntariamente, del honor que nuestra soberana nos hace al permitir que nos reunamos todas las noches en torno de su persona.

Me había entretenido más de lo regular en mi cotidiana visita al conde de Massi, y me retiré á mi casa ya de noche, algo fatigado.

Pero un médico no se pertenece, es un esclavo de la humanidad doliente.

Por lo tanto, no puede formar planes sobre su persona, ni distribuir el empleo de sus horas á su voluntad.

El descanso me estaba vedado por aquella noche.

Apenas había tomado en mi casa una ligera colación, disponíame ya al descanso, cuando llamó en mi casa un mozo de servicio procedente del monasterio de los Jerónimos del Prado.

Uno de los monjes había caído con un accidente que, privándole por el pronto de la salud, ponía en riesgo su vida.

Y el prior, fray Bernardo de Zúñiga, con cuya amistad me honro, me suplicaba que acudiese en seguida para prestar al enfermo los auxilios de la ciencia.

Me obligaban á ir dos deberes: el de mi profesión y el de la amistad.

En mi larga existencia no he vuelto nunca la espalda á mi deber.

Monté en la robusta mula que el prior me manda-

ba, y acompañado del recadero, enderecé sus pasos hacia San Jerónimo.

Inmediatamente, acompañado del prior, pasé á ver al enfermo.

Mi visita fué oportuna.

Bastaban cinco minutos de retraso para que al día siguiente los monjes hubieran abierto una fosa en el cementerio al compás de los salmos penitenciales.

Se combatió con éxito el accidente, gracias á lo bien repuesta que aquellos padres tienen la botica.

Igual elogio debo hacer de la bodega, pues en la celda prioral me sirvieron un jerez que resucitaba á los muertos.

A fe mía que los jerónimos, si cantan mucho, comen y beben bien.

Charlando con el prior de asuntos de la corte, recordamos el triste episodio del conde de Massi, en el que su sobrino hizo tan importante papel.

Porque advierto á vuestra majestad y á las personas que me escuchan que el caballero don Juan de Zúñiga es sobrino carnal del prior de los jerónimos.

Con tal motivo, y toda vez que el joven se veía así por un asunto que le honra, me dirigí al prior encareciéndole la necesidad de tenderle una mano en aquella situación desesperada, tanto por el parentesco como por haber estudiado aquél en la casa.

Pero fray Bernardo, con cierta gravedad cómica, me explicó que lo que yo le pedía era imposible, toda vez que dos días antes había estado su sobrino solicitando



protección y no había querido sujetarse á la penitencia que se veía obligado á imponerle.

Digámoslo todo en obsequio de don Juan.

La penitencia estribaba en pan y agua por alimento, el *in pace* por celda, y las disciplinas manejadas por una mano robusta.

—¡Pobre joven!—exclamaron las damas, como doliéndose de los golpes que don Juan había rechazado.

La condesa añadió:

—Pero ese prior, ¿no sabía que su sobrino acababa de hacer sus primeras armas en la guardia valona para sujetarle al tratamiento de un novicio?

—Cada uno ve el mundo bajo el prisma que tiene por costumbre de mirarle. Yo me reí al oír á fray Bernardo, sin extrañarme de que su sobrino rechazara aquella medicina, que no era tan mística como parecía.

Por último, me despedí.

En atención á ser la hora avanzada y el sitio solitario, el prior manifestó empeño en que me quedase en el monasterio hasta el nuevo día.

Pero el médico, y más si lo es de palacio, no debe faltar de su casa, á no serle absolutamente preciso.

Además, yo tenía que hacer al día siguiente muy lejos del convento.

Y sobre todo, más que mi propia voluntad, me impulsaba lo que había de presenciar dentro de poco.

En vista de la inutilidad de sus súplicas, el prior puso á mi servicio al mozo que había ido á buscarme, que yo rechacé también, primero, porque aquel

hombre tenía que trabajar al día siguiente; y segundo, porque, si había peligro, no era justo que se expusiera por mi causa, no siendo yo el que le pagaba.

Además, á aquella hora, ¿quién podía haber en sitio tan retirado?

Pero repito que, más que mi voluntad, me aconsejaba, sin saberlo yo mismo, otra cosa.

Salí del monasterio por una puertecilla excusada que da á la huerta.

No bien me vi en el campo, oí rumor de voces.

El Prado no estaba tan solitario como yo me imaginaba.

La luna me mostró dos sombras.

Me acerqué paso á paso, aprovechando la que proyectaban los macizos muros del monasterio.

No se me ocurrió que pudieran ser salteadores, porque éstos obran con más cautela.

Más bien presumí que se trataba de un lance de honor entre dos caballeros, y, francamente, la piedad me sugirió la idea de evitarle.

Pero cuando llegué al sitio desde donde podía oír su plática, me detuve asombrado, recogiendo el aliento para no perder una palabra.

Eran don Juan de Zúñiga y su criado los que se hallaban allí.

Y no será vuestro asombro menor que lo fué el mío al enteraros de lo que trataban.

En vista de haber agotado todo remedio humano para poner término á una precaria situación, don

Juan había bajado allí para evocar al diablo y pedirle su ayuda.

—¡Jesús, María y José! —exclamaron las damas, santiguándose.

—El fiel servidor buscaba toda clase de argumentos para disuadirle; pero aquella noche no tenían dónde dormir, ni al día siguiente qué comer, y el desdichado caballero juró que si Lucifer no acudía á su llamamiento por creerle persona de poca importancia, antes de salir el sol se atravesaría el pecho con su espada.

—¡Pobrecillo! —exclamaron las damas.

—¡Es un hombre de corazón! —dijo la condesa de la Estrella.

—Por último, como el joven no cedía, y las doce estaban cercanas, el criado huyó de un encuentro probable con el diablo.

Los relojes de la villa marcaron la señal.

Entonces, con la valentía que presta la desesperación, hizo el conjuro en regla, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales.

Llamó á Satán.

Y resonó una voz en su oído, que dijo:

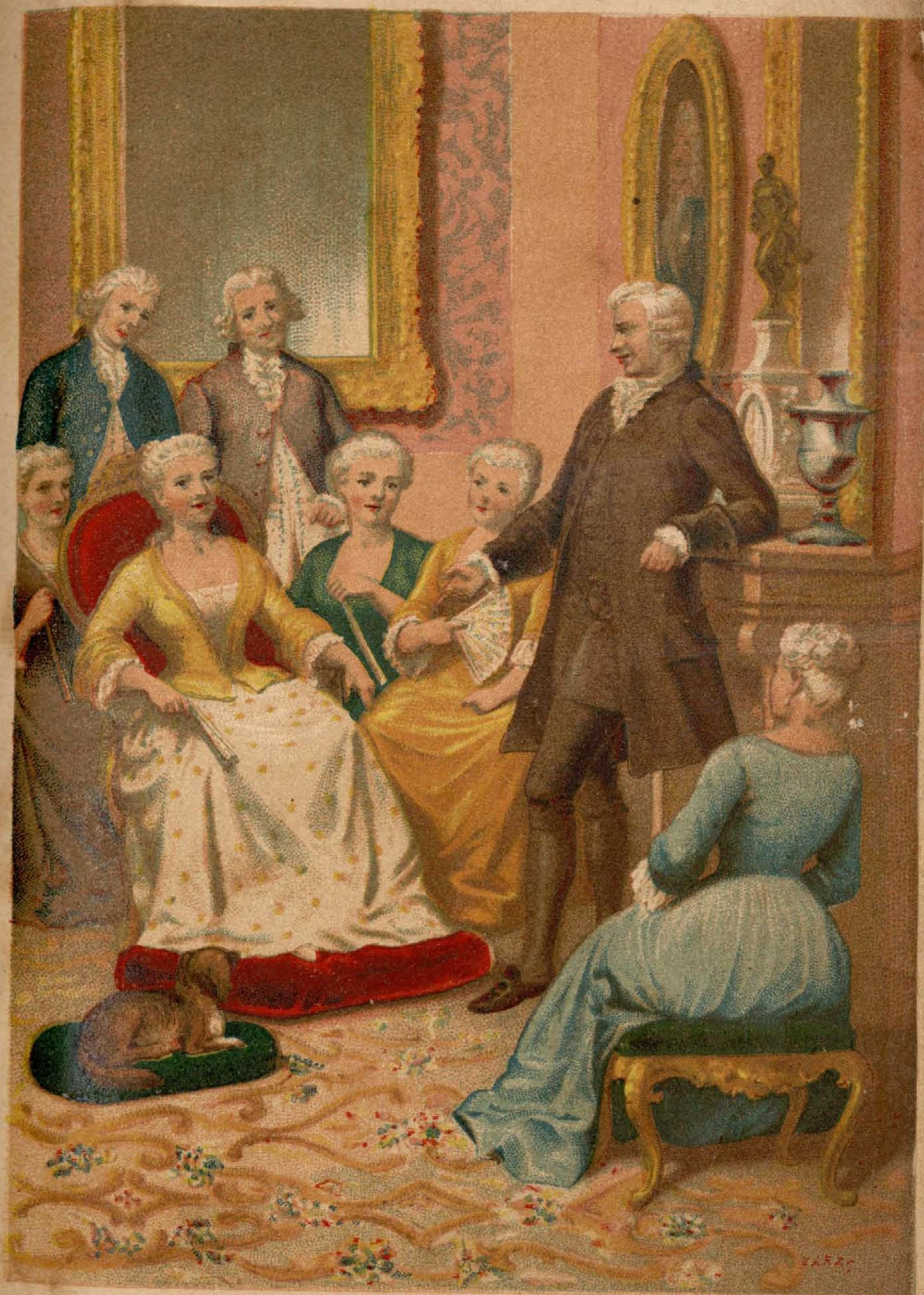
—«¡Aquí me tienes!...»

—¡Qué horror!

—No hay que asustarse: aquella voz era la mía.

—¡La vuestra, doctor!

—Dios sin duda me sugirió la idea de representar al diablo para remediar tamaña cuita.



Lit. J. M. Mateu Barquillo, 4 y. 5. Madrid

Dios sin duda me sugirió la idea de representar al diablo



Y Jacobo puso en conocimiento de la reina y de las damas los términos en que se había verificado el pacto, de lo cual está ya enterado el lector.

El desenlace cómico de una aventura tan lúgubre causó agradable sensación en el auditorio.

Aquella aventura hizo desternillar de risa.

La misma María Amalia celebró la ocurrencia de su médico.

—Pero ¿él os vió, Estrañi?—preguntó con interés.

—No, por cierto, señora; él tuvo buen cuidado en no volver la cabeza, y yo de taparme; además, estábamos á una regular distancia, y á mí me amparaba la sombra.

—Pero ¿él tomó en serio vuestras palabras?—dijo la condesa.

—Tan en serio como había hecho la evocación: para un hombre que va á llamar al diablo es lo más natural que el diablo acuda; si no, ¿á qué era el llamamiento?

—¡Es verdad!

—Don Juan de Zúñiga está en la inteligencia de que ha firmado un pacto con el demonio.

La reina replicó:

—¡Pero su conducta es censurable por acudir á tan reprobado extremo!

—Señora,—contestó la condesa,—válganle sus pocos años y lo crítico de su situación. Hace dos días que está comiendo por el diablo.

Y señaló al doctor.

—Dice bien la condesa: sin mi intervención, el joven se hubiera atravesado el pecho, porque es lo probable que Lucifer, que estaría aquella noche en la pradera del Corregidor, no se hubiera molestado en ir al Prado de San Jerónimo por recoger la pobre alma de un más que pobre ex alférez de guardias.

—¡Hé aquí un lindo modo que ha tenido el doctor de hacer una limosna!—dijo la de Uceda.

—Pero en cuanto se le acabe el dinero, ese pobre muchacho volverá á las andadas; y viendo que el diablo ha faltado á su palabra, echará mano del único recurso que le queda, atentando contra sus días.

—¿No os parece, condesa, que debíamos?...

—¿Llevar la farsa adelante?

—Eso mismo.

—Sí, por cierto..., aunque no sea más que por dejar en buen lugar al diablo.

Toda la tertulia, incluso los caballeros, aplaudió la idea.

Se trataba de un muchacho simpático.

Al fin y al cabo, su crimen no había sido otro que ocultar á un amigo, y Rogelio estaba muy bien quisto en la corte.

¿Por qué castigar una acción hidalga?

¿No estaba ya bastante castigado, reduciéndole al extremo de tener que invocar al diablo, ó pensar en quitarse la vida?

El doctor, que era también amigo de Olavide, viendo el momento oportuno, se puso al frente de

aquella conjuración, femenina en su mayor parte, y haciendo una seña de inteligencia á la condesa, que era el botafuego de aquellas conciencias, dijo:

—Por eso he sido yo el primero en decir que el diablo suplicaba por mi voz á nuestra soberana que le ayudase en este trance.

—¡Es claro!—contestó la condesa.—Nada podemos intentar sin la reina.

—Pero yo, ¿qué puedo hacer en ello?

—¡Todo, señora! Se trata de una cosa tan nimia como reponer á un alferez en su empleo.

—Sin embargo, sus jefes creen que ha faltado, y sería darles un mentís...

—Zúñiga ha cumplido su castigo quedándose de paisano. Si la piedad regia le repone, no tienen por qué quejarse las leyes. Además, el que ha hecho lo que él por un amigo, cosas más grandes hará por el rey, si llega el caso.

—De lo contrario, habrá que recogerle á Estrañi su título de embajador del diablo.

—¡Cuando hacía uso de él por primera vez! —repuso el doctor con cómica expresión.

—¡Pero esto es toda una conjuración!

Y la reina sonrió al pronunciar estas palabras.

—¡Mucho más grave que la de Catilina!—replicó la condesa.

—¡A favor del diablo!

—No, contra el diablo; pues si ese joven vuelve á verse desamparado, pensará en atentar contra su vi-



da, y entonces será verdaderamente cuando se pierda su alma.

—Está bien,—dijo María Amalia, vencida por este argumento.—Yo también entro en la conjuración.

—¡Bravo, señora!

—¡Sed nuestro jefe!

--Con mil amores.

—Pues bien: conjurémonos para proteger á ese joven hasta que llegue á general, y hagamos la guerra á los poderes públicos que quieran atajarle en su carrera.

—¡Guerra sin cuartel!

—No se hable más; doctor, mañana os entregaré el despacho de alférez para que le hagáis llegar á sus manos.

Estrañi, besando la de la reina, contestó:

—Y yo doy gracias á vuestra majestad, en nombre de Dios, por atender á las súplicas del embajador del diablo.

Hé aquí cómo, por un raptó de conmisericación, todas las damas de la corte, apadrinadas por la reina, se declararon protectoras de don Juan de Zúñiga, sin que éste tuviese conocimiento de ello.

Hé aquí por qué al recibir el despacho de alférez exclamó alegremente:

—¡El diablo ha cumplido su palabra!

A lo que contestó Antonio de una manera sombría:

— ¡Tanto peor!

Y hé aquí por qué le vimos entrar en la granja de los Tilos, reanudando su amistad con Adelina y su madre, cuando la buena Lorenza pensaba tirarle los trastos á la cabeza creyendo que había olvidado á su querida niña.

Queda demostrado hasta la evidencia que el diablo no pudo asistir la víspera de San Juan al puente de Segovia.





## CAPITULO XXX

La alegría es á veces el eco del dolor.



AS ideas engrandecen á los hombres hasta el punto de que parece que van vestidos de nuevo aquellos que sienten germinar una en el cerebro.

Esto es, ni más, ni menos, lo que le pasaba á don Juan de Zúñiga.

La protección del diablo le hacía un ser superior á los demás seres.

Se creía alguien.

Para que el diablo proteja á una persona, es preciso que valga.

El espíritu de las tinieblas no se emplea en cualquier cosa.

Y don Juan no dejaba de preguntarse alguna vez acerca de su mérito.

Pero que le tenía, era indiscutible.

Esta idea le engrandeció.

Se sentía capaz de todo...

Hasta de hacer el amor á Adelina y confesárselo, cosa que hasta entonces no se le había ocurrido.

Pero él se dijo:

«Es imposible que el diablo me deje mal.»

Y acertó.

Adelina le confesó que le amaba.

¡Qué mayor dicha para un corazón de veinticuatro años que amaba por primera vez!

Digámoslo en su obsequio.

No se le ocurrió nunca que Adelina podía ser condesa de Massi.

¿Qué valía este título al lado del suyo?

¡Protegido de Satanás!

¿No podía aspirar á todas las dignidades de la tierra con la protección de un príncipe por el estilo?

---

Sin embargo, hubo un día en que reconoció su egoísmo.

Es decir, un día en que se reconoció digno del diablo.

Acostumbraba á ir todas las tardes á la granja de los Tilos.

Allí pasaba un par de horas dedicadas al amor.

Porque Adelina aparecía más enamorada cada vez, dispuesta á sacrificarle todo lo que una joven honrada puede sacrificar al elegido de su corazón.

Un día que montaba su regimiento la guardia en palacio llegó á sus oídos una noticia que le hizo estremecer.

El tribunal que entendía en la causa de Rogelio acababa de dictar sentencia, y ésta era de muerte.

Pero con circunstancias verdaderamente infamantes.

Rogelio debía ser degradado en público, porque el uniforme no consentía muerte de horca, y era preciso que el parricida muriese en el sitio y de la muerte que mueren los grandes criminales.

¡La horca!

Hasta entonces don Juan había creído que la influencia de que el conde de Massi disfrutaba en la corte sería suficiente para salvar al homicida.

A su juicio, todo ello se compondría con un extrañamiento.

Pero su criado le dijo:

—Señor, ha llegado el caso de que utilicéis verdaderamente vuestras relaciones con el diablo.

—¿Pues qué ocurre? — preguntó don Juan, que no podía sospechar el caso.

—Que vuestro amigo el vizconde de Massi ha sido sentenciado á muerte, y pasado mañana debe expiar su crimen en el patíbulo.

Don Juan quedó aterrado.

Aquel trágico desenlace le hizo pensar en su egóismo.

Al pedir al diablo, se había olvidado de su amigo.

Antes de pensar en sí mismo, debió pensar en él.

¿No había sacrificado su porvenir por Rogelio cuando no era nada ni representaba nada?

¿Por qué no pensar un poco en su amigo antes de pensar en él?

¿Qué prisa le corría comer, cuando iba el otro á espirar?

Pero don Juan no era hombre á quien preocupasen los hechos consumados.

Decía: «Lo hecho, hecho está; he debido hacer lo otro; vamos á enmendarlo.»

Y lo enmendaba, si era tiempo.

Y como para el diablo siempre lo era, creyó que no debía apurarse respecto de la suerte de su amigo.

Pensó en la granja de los Tilos.

Allí indudablemente debía saberse lo que pasaba en Madrid.

Mejor dicho, lo que iba á pasar.

Y mejor dicho aún, lo que no pasaría.

Por algo se relaciona uno con el diablo.

Pero esto, sólo lo sabían él y su criado.

El no pasaba ningún apuro por la suerte de Rogelio; era necesario llevar la tranquilidad y la confianza á su familia.

Afortunadamente había anunciado el rey que no saldría aquella tarde.

Aunque de guardia en palacio, podía disponer de un par de horas, con tal de que sus compañeros ocultaran su ausencia con algún hábil pretexto.

Un par de horas y un buen caballo lo hacían todo.

Mientras Antonio le preparaba uno, él escribió la siguiente carta, dirigida á Adelina, pues no podía detenerse á explicar nada en la granja de los Tilos.

Era cuestión de entregar la carta á su criado.

Hé aquí lo que escribió en el papel:

«Aunque oigas lo que oigas respecto de la suerte  
»de tu hermano, no tengas cuidado; mañana estará en  
»libertad; es preciso que enteres á tu madre de esta  
»carta para que esté tranquila: nada temáis, aun  
»cuando llegue á vuestra noticia que está con el dogal  
»al cuello: comprometo yo el mío; ¡ya ves si tendré  
»confianza! Tuyo,—JUAN.»

No se podía decir más en menos palabras.

Cuando estuvo terminada la carta, el caballo ensillado esperaba en el Campo del Moro.

Don Juan se confió á un compañero, que debía disculpar su ausencia en el caso de ser notada.

Guardó la carta en el bolsillo, montó á caballo, y salió por la Casa de Campo á la carretera de Galicia.

---

Entre tanto, Rogelio pensaba en su madre, en su hermana y en la otra vida.

---

La pobre Adelina estaba medio loca: no sabía qué pensar, ni á qué atenerse.

Aquella mañana había celebrado el doctor una entrevista con su madre.

Estrañi, que no acostumbraba ir hasta la tarde, había madrugado aquel día.

Y no á causa del enfermo, que, aparte el extravío de su juicio, no ofrecía ningún cuidado.

Se trataba de otra cosa, que la joven ignoraba.

El doctor partió en seguida.

Aquella entrevista con su madre debió ser dolorosa.

Josefina lloró mucho después que se quedó sola.

Su hija la oyó lanzar lastimeros ¡ayes!

Era natural.

Estrañi la había dicho:

—Mi silencio en este caso sería criminal: vuestro hijo está sentenciado á muerte, y pasado mañana deben ejecutarle; á lo menos, debéis despediros de él.

En seguida partió.

Cuando no se puede evitar el dolor de una madre, debe uno dejarla sola.

Josefina dió rienda suelta á su llanto.

La noticia era terrible.

Su hijo, aunque lleno de salud y de vida, iba á espirar.

Tenía esa terrible enfermedad del crimen que castigan las leyes.

Cuando ese doctor terrible y siniestro á quien lla-



man el Código penal, desahucia á un enfermo, no hay más que abrirle la fosa y rezar por su alma.

Josefina se encerró en su habitación.

Allí se la oyó sollozar.

Aquello duró una hora escasamente.

En seguida llamó á Lorenza, con quien habló algunos segundos.

Lorenza dió orden de que enganchasen una litera.

En seguida partió Josefina sin despedirse de su hija.

La litera tomó el camino de Madrid.

Adelina lo presenció todo desde uno de los balcones de la granja que daba al camino.

Vió que su madre iba pálida y llorosa.

Al mismo tiempo la chocó una circunstancia.

Parecía haber puesto en su atavío más cuidado que de ordinario, lo cual era bien extraño.

El llanto es un aderezo de perlas con que se adorna el dolor, y que excluye cualquier otro adorno de la persona.

Una mujer que llora está dispensada de cuidar de su tocado.

Al mismo tiempo advirtió Adelina que desde la partida de su madre, Lorenza se enjugaba también alguna lágrima, y que esquivaba su presencia.

—Pero ¿qué pasa?—la preguntó.

—¡Nada, hija mía! —dijo aquélla, besándola.

—¿Adónde ha ido mi madre?

—No lo sé.

—¡Ah, no!... Tú me engañas, Lorenza: ¡lo sabes, y no quieres decírmelo!... ¡Guardas secretos con tu hija!... Eso está mal hecho... ¡Yo no lo haría contigo!... ¡Ya sabes que no lo he hecho nunca!

Lorenza no tuvo el valor de replicar.

Se hubiera hecho traición, y Josefina la había encargado el secreto.

En realidad, ignoraba adónde había ido su ama.

Lo único que sabía era la sentencia de muerte que pesaba sobre Rogelio.

Pero ¿á qué decírselo á la pobre niña?

¿A qué afligirla con una noticia tan terrible, que no podía remediar?

Lo mejor era evitar su presencia.

De lo contrario, no respondía que las preguntas de aquélla no abriesen la puerta de su discreción.

---

Así pasaron las primeras horas de aquella tarde. Nunca estuvo la granja tan triste.

Sólo se oían los sollozos comprimidos de Lorenza y las carcajadas del pobre loco.

Esto es, una risa feroz en un cementerio.

Josefina tardaba.

La joven, que no podía contener su impaciencia, y que se ahogaba entre aquellas paredes, se asomó al balcón.

Esperaba la llegada de su madre.

Quería leer en su rostro, si es que sus lágrimas no lograban vencer su silencio.

Nunca creyó que se tratara de su hermano.

A semejanza de Juan, tenía por más fuerte el favor de su padre en la corte que el delito de aquél.

Además, para ella, el sangriento episodio acaecido aquella noche en su casa seguía envuelto en el misterio.

Ignoraba lo que había pasado.

Cuando ella recobró el conocimiento, el puñal había herido á su madre y el plomo había derribado á su padre en tierra.

Ignoraba qué mano había levantado el primero y disparado el segundo.

De aquel misterio no quedaba más que la locura de su padre y la prisión de su hermano.

Pero estaba muy lejos de esperar una sentencia de muerte.

Porque para ella era imposible que un hijo atentase contra la vida de su padre.

Mucho más llamándose aquel hijo Rogelio Massi.

---

De pronto oyó que los cascos de un caballo batían los guijarros del sendero.

En situaciones idénticas, cualquier ruido le llama á uno la atención.

El vuelo de una mosca ó el zumbido de una abeja

parecen el martillo golpeando sobre el yunque de un herrero.

Volvió la cabeza.

Entre el polvo del camino vió brillar un uniforme.

Era un uniforme conocido: el de guardias valonas.

Su corazón se estremeció de gozo y de cuidado al mismo tiempo al reconocer á Juan.

Pero ¿por qué acudir aquella tarde, en que no le esperaba?

Juan la había dicho el día anterior que estaba de guardia en palacio.

Acaso su presencia se relacionaba con la ausencia de su madre.

Desde el momento de verle hasta llegar debajo del balcón pasaron algunos segundos.

Adelina creyó que había transcurrido un siglo.

Sin embargo, el aspecto de su amante la tranquilizó un tanto.

Juan iba casi alegre.

Era natural.

Creía que iba á hacer un servicio á su amada.

—No puedo recibirte, — le dijo ésta. — Mi madre está ausente.

—Tampoco yo puedo detenerme, — replicó el alférez.

—Ya sabes que estoy de guardia, y me expongo á un arresto si notan mi ausencia.

—¿Qué es entonces lo que te obliga á venir? ¡Algún asunto de importancia sin duda!

—¡Ya puedes figurártelo!

—¿De qué se trata? Estoy intranquila...

—Haces mal.. , y yo he venido precisamente á que no lo estés... Se trata de tu hermano.

—¿De Rogelio?

—Sí.

—¿Dios mío! ¿Le amenaza algún mal?—preguntó Adelina, acordándose de la presencia del doctor aquella mañana, y de los sollozos de su madre y de Lorenza.

—Nada temas.

—¿Pero... cuando mi madre falta y tú vienes tan inesperadamente!...

—Repito que no hay motivo para inquietarte.

Entre tanto don Juan sacó el billete que llevaba del bolsillo interior del pecho, y poniéndole en la punta de la espada, como un trozo de carne en un tenedor, se le alargó á Adelina, diciéndola:

—Entérate de su contenido, y por nuestro amor te suplico que nada temas; mañana abrazarás á tu hermano.

—Pero...

—Adios, Adelina; no puedo detenerme: confía en mi palabra y duerme tranquila. Mañana, yo mismo conduciré aquí á Rogelio.

Don Juan envainó la espada, mandó un beso á Adelina con el extremo de sus dedos, y aplicando ambas espuelas á los ijares de su corcel, desapareció por donde había llegado.

La joven abrió la carta.

Su contenido era terrible, por más que Juan había procurado hacerle tranquilizador.

Entonces se explicó los sollozos de su madre y su ausencia.

Había ido á despedirse del pobre sentenciado.

Todo cuanto Juan la decía era una piadosa mentira para tranquilizarla.

Dió un grito, y cayó sin sentido.

Cuando acudió Lorenza, vió la carta en el suelo, á su lado, y comprendió lo que acababa de pasar.

---

Entre tanto caminaba don Juan al galope de su corcel, canturreando una marcha que ejecutaban los clarines de su regimiento.





## CAPITULO XXXI

---

Don Juan hizo bien en esperar.



ANTONIO le esperaba en el Campo del Moro.

Pero le esperaba sin impaciencia, abrigando la seguridad de que su ausencia no habría sido notada en palacio.

¿No contaba su amo con la protección del diablo?

Este, sin faltar á lo que se debía á sí mismo, no podía jugarle una mala pasada.

Hasta entonces, el diablo, entre los suyos, pasaba por un personaje honrado, y Juan no le había dado motivo de queja.

En efecto, cuando el joven llegó al cuerpo de guardia, sus compañeros creyeron que habían estado hablando con él un cuarto de hora antes.

Únicamente el que estaba en el secreto le dijo:

—Si hubieran preguntado por ti, no hubiera sabido cómo disculpar tu ausencia.

—¡Pero es el caso que no han preguntado!—replicó el mozo.

—No.

—¡Ya lo suponía!... ¡Bueno va!

—No va tan bueno como te figuras.

—¿Por qué?

—¿Ignoras que pasado mañana harán pasar un mal cuarto de hora al pobre Rogelio?

Don Juan, por toda contestación, empezó á tocar con los dedos sobre los cristales de la ventana la marcha de su regimiento, lo que indignó al oficial que platicaba con él.

—¡Parece mentira!—le dijo.—¡Pues más era amigo tuyo que mío!

—¿Y qué?

—Que cuando yo lo siento, como si se tratara de un individuo de mi familia, debías tú estar desesperado.

—¿Y qué más?

—¡Al diablo tú y la calma que no comprendo!

Don Juan se echó á reir, y contestó:

—Nombrando al diablo has puesto el dedo en la llaga.

—¿Qué quieres decir?



—¿Sabes por qué estoy tan tranquilo?

—¡Porque no tienes sentimientos de compañero ni aun de hombre!

—Porque sé lo que le va á pasar á Rogelio.

—Que le apretarán la nuez. ¡Si al menos le fusilaran!... ¡Siempre es una muerte más noble!

—Estás en un error..., y hé ahí la causa de tu sentimiento y de mi tranquilidad.

—¡Cómo!

—Mañana á estas horas estará Rogelio tan libre como tú y como yo.

—Pasado mañana lo comprendo, porque le habrán quitado de en medio.

—Pues para que veas que sucederá todo lo contrario, esa noche cenaremos juntos los tres: si él no convida para celebrar su libertad, yo pago.

—¡Parece mentira que te chances hasta ese extremo!

—¿Crees que haría yo objeto de chanza la muerte de un camarada? Te digo que Rogelio nada tiene que temer.

—Pero siendo su padre el mismo que le acusa, ¿quién puede librarle?

—En primer lugar, su padre está loco.

—Pero no lo estaba cuando le acusó.

—A pesar de esa circunstancia, te aseguro...

—¿Quién puede tenderle su protección hasta ese extremo?

—Tú lo has dicho antes: el diablo.

—¡Bah!

—Ya lo veremos...

Y no era que don Juan engañase á sus camaradas ni se engañase á sí mismo.

Tenía confianza en que era cierto lo que aseguraba.

Al pie de la encina de San Jerónimo le había dicho Lucifer que él le buscaría, ó que tendría noticias suyas cuando fuese necesario.

Pues bien: el diablo, que está enterado de todo, debía saber que uno de los más ardientes deseos de su protegido era salvar á su camarada.

Para un poder tan superior esto debía ser cosa fácil.

Por lo tanto, Juan creía firmemente que Rogelio no tenía ningún peligro que correr.

Esta creencia le había hecho escribir á Adelina en los términos que ya conocemos, y asegurar á su compañero lo que acababa de asegurarle.

Confiaba en el éxito.

Pero la cosa podía pasar de dos maneras.

O el diablo obraba por sí ó ante sí, sin valerse de ayuda extraña, ó era necesario que el joven pusiera algo de su parte.

Este era el dilema.

En el primer caso, no necesitaba moverse para nada.

En el segundo, le concedía un plazo á su protector para expresar de algún modo su voluntad.

Si durante aquella noche y el día siguiente no pasaba nada, era señal de que se necesitaba su concurso.

¿Cómo emplearle?

Lo ignoraba, y no se preocupaba de ello lo más mínimo.

Don Juan era uno de esos caracteres felices que no piensan en lo que les hace falta hasta que no llega el momento crítico de ponerse en movimiento.

Vivía en el presente, no en el porvenir; mucho más contando con la protección de un personaje tan poderoso.

En vez de decir, como otros: «Mañana haré esto», esperaba á que llegase el caso, y decía, poniéndose en movimiento: «Ha llegado la hora, y voy á obrar».

Disculpemos su confianza.

No sabía que el doctor Estrañi representaba el diablo para él, y que en aquel caso podía hacer muy poco.

Se trataba de una cosa harto grave para que pudiera resolverla el médico del rey.

Estrañi era una notabilidad en las enfermedades físicas, no en dolencias morales.

Ignoraba el formulario de las recetas que neutralizan los efectos del Código penal.

Al retirarse aquella noche de la tertulia de la reina, oyó que en el cuerpo de guardia se hablaba de Rogelio, y se detuvo.

A la sazón don Juan de Zúñiga llevaba la palabra y decía:

—No tengo inconveniente en apostar doble contra sencillo á que mañana á estas horas nos hace Rogelio compañía en la mesa.

—¡Está loco!—exclamaron á coro los oficiales.

—Yo pago la cena para todos si pierdo.

—Está apostada.

El doctor prosiguió su camino, exclamando:

—¡Mucho confía ese aturdido en la protección del diablo!... ¡y me parece que le va á faltar cuando más cuenta con ella!... ¡Pobre Rogelio!... ¡También él daría cualquier cosa porque su amigo ganara la apuesta!

---

A aquella hora, Rogelio ignoraba tantas seguridades.

Desde luégo no le hubieran tranquilizado, por más cierto que sea que la esperanza es lo último que se pierde.

La gravedad del caso impedía que se hiciera ilusiones.

Se trataba de un hijo que había querido asesinar á su padre.

Éste tenía mucha influencia en la corte, y había sido el primero en acusarle.

Además, quedaba muerto moralmente para el mundo: era un cadáver galvanizado, pero al fin cadáver.

Lo cual empeoraba su causa.

Únicamente en el caso de perdonarle su padre hubiera podido perdonarle el rey.

Pero el conde estaba loco.

Únicamente había conservado la razón el tiempo necesario para acusarle.

En aquel caso, toda esperanza era quimérica, perdida.

Rogelio pasó todo aquel día en una ansiedad terrible.

En las primeras horas de la mañana le comunicaron la sentencia que ponía un término á su vida, cuando menos le espera el hombre que dispone de una salud robusta.

Su madre y su hermana debían saberlo, lo mismo que sus compañeros.

Josefina no iba.

Los demás brillaban por su ausencia.

¿Era el dolor de la despedida el que le dejaba sumido en aquel abandono?

Pero ¿no debe ser mucho más intenso el dolor de saber que un ser querido va á morir, sin que, pudiendo, nos despidamos de él?

En sus amigos no lo extrañaba tanto.

Acaso le tenían por un asesino vulgar, y le abrumaban con su desprecio, envuelto en el anatema de la ley.

Pero su madre le abandonaba..., ¡sabiendo que estaba allí, que iba á morir por haberla defendido!

Rogelio no se explicaba aquel abandono, ni aun en

el caso de que Josefina estuviera enferma, pues contaba con medios para hacérselo saber.

¿Era que habían cometido la crueldad de ocultárselo?

Así debía ser.

Todo era admisible, menos el olvido, que en aquel caso implicaba indiferencia; más aún, desprecio.

Pero los que se lo habían ocultado, ¿no tenían madres?... ¿no tenían hijos?

Rogelio entró en su último día.

El nuevo sol debía alumbrar su muerte.

Podía contar los instantes de su existencia.

Uno menos..., dos..., cinco..., sesenta..., ¡una hora!

En este caso la ley es mucho más terrible que el fallo de la ciencia.

Un médico se equivoca alguna vez.

La ley marca los minutos y los segundos.

El último no se mide, se ve.

Es el verdugo.

Cuando llegó la noche en aquella lúgubre soledad de la capilla, el reo creyó que echaban sobre su corazón una losa de plomo.

«¡Dios lo quiere!»

Así le decía el sacerdote.

«¡Dios lo quiere!»—repitió con voz sombría.

---

¿Qué hubiera dicho al saber que don Juan de Zú-

ñiga, no tan sólo no se ocupaba de verle, sino que pasó todo aquel día cantando?

Su criado Antonio le miraba con ira; por último, no pudo menos de decirle:

—Pero ¿se ha olvidado vuesa merced de que esta noche es la última que pasa en el mundo su pobre amigo el vizconde?

A lo que contestó el joven:

—¡Tú y todos los demás sois unos imbéciles!... ¡Pero tú más que todos!

Era ya bien entrada la noche cuando colgó al cinto dos pistolas, después de examinar el cebo, la llave y el gatillo.

En seguida se envolvió en su capa, dijo á Antonio que le esperase en la hostería y salió tranquilamente de su casa.

La cena estaba dispuesta para aquella noche.

Eran diez los comensales.

Rogelio y él debían completar la docena.

En este caso, les tocaba pagar á los otros.

Don Juan, más confiado que nunca, se dirigió hacia la cárcel de corte.

Allí habían trasladado á Rogelio.

Como consideraron su delito desde un principio como delito común, y no debía morir fusilado, le sacaron del cuartel, entregándole al fuero civil.

Pero por su rango se le destinó una habitación especial en la cárcel de corte.

El plan de Zúñiga era sencillísimo.

Pedir una entrevista al alcaide, que no podría negarle.

Una vez á solas con él, ponerle una pistola al pecho, y bajo la presión de esta terrible circunstancia, hacer que él mismo abriese la prisión al reo.

Confiando siempre en el diablo, creyó que éste inspiraría al otro la idea de no resistirse, y que, por el contrario, buscaría el medio más hábil de facilitar su evasión.

No creía que sucediera de otro modo; así es que ni aun de sí mismo admitió la menor observación sobre lo probable ó improbable.

Escogió la noche como hora más á propósito: los empleados de la cárcel debían haberse retirado, y con menos gente dentro había más probabilidades de éxito.

Don Juan iba alegre, como había ido otras veces á casa de su amigo para dar un paseo en su compañía.

Acababa de sonar el toque de ánimas.

La cárcel aparecía lúgubre y muda iluminada por la luna.

Se veían los centinelas en los ángulos del edificio.

Al aproximarse don Juan á la puerta principal del edificio, vió que por la parte interior abrían uno de los postigos.

—¡Magnífico!—exclamó.—¡Parece que me esperaban!



Iba á avanzar su pie derecho sobre el escalón de piedra, cuando se detuvo para dejar el paso libre á dos hombres que salían.

Uno de aquellos dos hombres era Rogelio; le reconoció á la luz de la luna.

El otro subió el embozo, cubriendo parte del rostro.

La verdadera admiración se pintó en el rostro del que no debía estar admirado.

El de don Juan permaneció impasible.

Y sin dar lugar á la menor duda sobre lo que pudiera suceder, dijo:

—¡Permite que sea yo el primero que te dé la enhorabuena!

Y le tendió los brazos.

—¡Cómo! ¿Sabías que yo iba á salir?—preguntó Rogelio admirado.

—¡Ya ves!... ¡Cuando vengo á buscarte!

—Pero ¿has hablado con el rey?

—¿Qué necesidad tenía de ello para saber que hoy mismo recobrarías la libertad? ¿Ha sido el rey? ¡Mejor! Si no, hubiera yo sido.

—¡Tú!

—¡Pardiez! ¿Lo dudas?

El otro embozado terció en la conversación, diciendo:

—Fuerza es que lo crea, cuando todos en Madrid lo ignoran menos vos.

Aquel acento resonó en el oído de don Juan de una manera terrible.

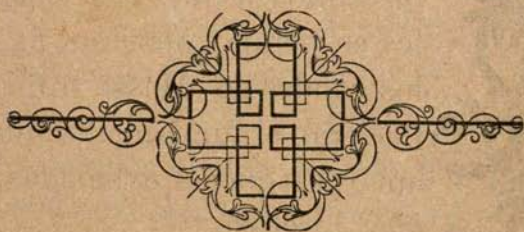
—¿Quién es ése que te acompaña?—preguntó á su amigo.

—Es el doctor Estrañi.

—Estás en un error. Es...

—¿Quién?

—¡El diablo!





## CAPITULO XXXII

---

El principio de una historia.



N el primer capítulo de nuestro libro ofrecimos á nuestros lectores referirles en tiempo oportuno la historia de los condes de Massi, á fin de que conocieran el fundamento que tenían las amargas quejas exhaladas por la infeliz Josefina.

La ocasión ha llegado, y vamos á cumplir nuestra oferta.

La acongojada dama, al saber que su hijo había sido condenado á muerte, se decidió á llevar á cabo el mayor y más doloroso sacrificio que para ella existía.

Pero ¡qué no es capaz de hacer una madre por salvar la vida de sus hijos!

Salió de la quinta, ordenando á los conductores de su litera que se dirigiesen al palacio del rey.

Una vez allí, se hizo anunciar, y el monarca se apresuró á recibirla.

Lo que sucedió en aquella entrevista es lo que leerán nuestros lectores á continuación, sin que hagamos más que variarlo de forma, á fin de que tenga mayor interés.

---

Era una hermosa tarde del mes de Octubre.

En esta época del año aun no se advierte con gran intensidad el frío en los países meridionales, y mucho menos en Nápoles, una de las ciudades más hermosas de Italia.

Ciertó que su posición geográfica no puede ser mejor.

Nápoles está defendida por grandes bosques, cuya espesura contribuye á la benignidad de su clima.

En el mes á que nos referimos aun no se han desprendido los árboles de sus verdes hojas, y muchas plantas y arbustos ostentan matizadas flores.

Pasemos por las tortuosas calles de aquella ciudad, entrando después en la de Toledo, la de mayor longitud de Nápoles.

Después de ésta admiremos la bahía.

¡Cuán grande y hermoso es el panorama que se presenta á nuestros ojos!

A un lado, el Vesubio, ese terrible monstruo, cuya cúspide amenaza constantemente á Nápoles.

A otro lado, el Pausilipo.

Más lejos, el cabo de Sorrento; enfrente, la isla de Caprera.

Si recorriésemos los alrededores de la ciudad, veríamos hermosos bosques de naranjos, largos viñedos y elevadas moreras.

Al penetrar en Nápoles admiraríamos la esplendor de sus edificios, sus monumentos históricos, la tumba del inmortal Virgilio, situada en uno de los jardines que hay en los collados del Pausilipo; pero no es nuestro propósito hacer una reseña de las magnificencias y grandiosidades de la ciudad.

Volvamos, por lo tanto, á la bahía.

El mar estaba sereno.

Sus ondas besaban mansamente la playa, coronando sus tostadas arenas de brillante y bulliciosa espuma.

Multitud de velas se descubrían en el horizonte, pareciendo una bandada inmensa de blancas gaviotas.

En la playa había un sinnúmero de barquillas.

Una de ellas, por su esbeltez y elegancia, llamaba la atención de los marineros, que, formando grupos, hablaban aspirando el humo de sus grandes pipas.

Al lado de aquella barca había dos hombres.

Estos eran, indudablemente, los encargados de regirla.

Sus rostros, de facciones meridionales, estaban curtidos por el cierzo.

Tenían ese tipo característico de los hombres de mar.

¿Qué esperaban para desatar la amarra y empujar mar adentro la barquilla?

Ya hemos dicho que la tarde era hermosa.

Apenas sentíase la brisa.

El cielo estaba espléndido.

Todo convidaba á mecerse sobre aquellas olas, cuyos vagos murmullos parecían cadenciosos suspiros.

Un observador hubiera comprendido bien pronto lo que esperaban aquellos dos atléticos marineros.

Llegaron hasta la barquilla dos personas.

Una de ellas era un aristocrático joven de veinticuatro años.

Llevaba un elegante traje.

Sus facciones eran simpáticas y agradables, no contribuyendo poco á que lo pareciesen la melancolía que advertíase en sus ojos.

Su acompañante representaba unos cuarenta y cinco años.

En sus cabellos negros brillaban algunas hebras de plata.

Sin embargo, este segundo, aunque tenía más edad que el primero que hemos descrito, trataba al joven con la más distinguida consideración.

Los dos remeros quitáronse sus gorros con respeto al ver á los recién llegados.

El joven penetró primero en la barca.



Su acompañante le siguió, sentándose á su lado, después que el joven le hizo una indicación para que lo verificase.

Luégo los marineros desataron la amarra, y saltando al bote con esa agilidad propia de la gente de mar, ocuparon su puesto en la parte de proa.

El joven cambió una mirada con su acompañante. —¿Hacia dónde quiere vuestra alteza que dirijan la barca?—preguntó el más anciano.

—Me es igual,—respondió el joven;—mi único objeto es dar un paseo.

El que acababa de dar esta respuesta era el príncipe Carlos, hijo mayor del rey de España Felipe V.

Su acompañante era su ayo, á quien conoceremos desde ahora por el nombre de Tanucci.

Sentía hacia el príncipe gran afecto, y su deseo de complacerle hacía que muchas veces perjudicase al ilustre joven; que era algo caprichoso, como todas las personas que han visto satisfechos sus deseos casi antes de que nazcan en su corazón.

Pero no era esta debilidad el defecto más característico de Tanucci.

El italiano era adulator.

Sus cuarenta y cinco años habíanle hecho adquirir la experiencia de que para privar al lado de los príncipes, la principal cualidad es no contrariarlos.

---

La barca se puso en movimiento.

El príncipe, indolentemente recostado en la popa, fijó sus ojos en el Vesubio, que se alzaba con arrogancia como desafiando á los cielos.

—¡Qué hermoso panorama! — dijo el joven. — Afirman que la costumbre de ver constantemente las cosas y los parajes las hace perder su poesía; pero te aseguro que nunca me he convencido tanto como ahora de la inexactitud de esa frase. ¿No es verdad que la perspectiva de que ahora gozamos no puede ser más bella?

—¡Ya lo creo! — respondió el caballero italiano, que, como antes hemos dicho, jamás contrariaba á su ilustre señor.

Y con mucha menos razón lo hubiera hecho entonces, pues se hallaba de acuerdo con lo que el príncipe acababa de decirle.

Esto es, para Tanucci nada había tan hermoso como aquel panorama.

Experimentaba el orgullo del hombre que oye un elogio en favor del país natal, del sitio donde contempló por vez primera los esplendores de la luz.

La perspectiva no podía ser más hermosa, con efecto.

Deslizábanse sobre la superficie tranquila de un mar que copiaba en sus linfas la brillantez de un cielo sin nubes.

Aquella líquida extensión era interrumpida bruscamente por el duro contorno de la cresta salvaje del Vesubio, cuya lava, solidificada, copiaba en sus facetas,



al sentirse herida por los rayos de la tarde, los más hermosos colores del iris.

A lo lejos dibujábanse las siluetas de algunas islas cubiertas de verdor, semejantes á inmensas esmeraldas prendidas en un leve manto de gasas azules, pues sólo con ellas pueden compararse las diáfanas linfas del Mediterráneo cuando está tranquilo.

El príncipe siguió paseando su mirada por el horizonte, fijándola después en la costa de Nápoles.

Desde la barquilla descubríanse bosques de naranjos y limoneros y dilatados viñedos, todo lozano, todo fértil, como lo que brota en aquellos privilegiados é incomparables países.

—¡Qué tiene de extraño, —continuó el príncipe, — que Italia sea y haya sido siempre la cuna donde radican las artes! Bajo este espléndido cielo, los hombres tienen necesariamente que nacer poetas.

—¡Quién duda que cada país graba sus influencias en sus hijos!

—Sí, Tanucci; bajo este sol, los hombres deben tener más fe, amar con más fuego; en una palabra, sentir más que los otros, y, por lo tanto, experimentar con más frecuencia la inspiración de la poesía. Yo no comprendo que los seres puedan inspirarse en esos países que casi siempre se ven privados de admirar los rayos del sol. Parece que la luz ha de contribuir á perfeccionar las ideas, que éstas no han de hallarse en las tinieblas.

—Es cierto, —dijo Tanucci, —siguiendo su inaltera-

ble costumbre de no contradecir en nada al augusto joven.

—Y, sin embargo,—prosiguió éste,—aun hallándose bajo la esplendidez de este hermoso cielo, jamás empañado por una nube, llegan instantes en la vida en que uno se encuentra acometido por esa vaguedad del dolor que se llama melancolía.

—¡Ya lo creo!

—Juzgad, por lo tanto, lo que les sucederá á los hijos del nebuloso Támesis.

—No en vano tienen los ingleses fama por sus preocupaciones.

—Es una influencia del clima en que han nacido.

—¡Bendito sea este país, donde brillan tan espléndidos los rayos del sol!

—Es cierto, Tanucci; es una verdadera felicidad.

El príncipe quedóse reflexivo.

Su ayo no apartaba de él sus ojos.

—Cualquiera, al veros,—dijo después de una larga pausa,—creería que hoy, á pesar de lo mucho que os agrada el cielo de Nápoles, sois presa de alguna preocupación.

—Y no se engañaría,—dijo el joven.

—Pues ¿qué os sucede, señor?

Don Carlos se encogió de hombros.

—¿Acaso,—preguntó Tanucci,—no me consideraréis ya digno de vuestra confianza como en otros tiempos?

—Eso siempre,—respondió el príncipe sin vacilar.—Sabes lo mucho que siempre te he apreciado; has sido

y serás mi consejero, y mañana, cuando empuñe el cetro, serás mi ministro.

—Y en eso caso,—dijo Tanucci sonriendo, pues no podía ocultar la satisfacción que le producían las palabras del joven,—¿por qué habéis hecho esa demostración que parece eludir una respuesta?

—Has interpretado mal mi movimiento,—dijo don Carlos.

—Es posible.

—Sí, Tanucci; no he contestado á tu pregunta, porque ni yo mismo hallo una explicación á la melancolía que siento.

—¡Es singular! Pero no cabe duda que algún motivo ha de originarla.

—Pero que no acierto á explicármelo. Soy príncipe; esto es, la fortuna me ha sonreído desde la cuna; el porvenir se me presenta halagüeño también. Sin embargo, hay algo en mi alma que no se llena ni se satisface con nada.

—Casi me atrevo á decir á vuestra alteza cuál es la causa de ese vacío.

—Quizás no.

—Tenéis veinticuatro años; hasta ahora habéis pasado vuestra infancia y parte de vuestra juventud dedicado á los estudios.

—Es cierto.

—En las páginas del libro de vuestra existencia falta un episodio muy principal.

—¿Cuál, Tanucci?

—¿No lo habéis adivinado?

—Te confieso ingenuamente que no.

—Falta la página del amor.

—Es verdad; no puedo negarte que algunas damas me impresionaron con sus hechizos; pero esta impresión fué muy efímera; no llegó á echar profundas raíces en mi alma.

—De lo que debéis daros el más completo parabién.

—¿Por qué? ¿Tan mala opinión tienes formada de las mujeres?

—Hay honrosas excepciones, no puedo negarlo; pero por lo general...

—¡Ah Tanucci, bien se conoce que tienes cuarenta y cinco años; esto es, que empiezas á sentir en el alma el próximo hielo de la vejez!

—Posible es que vuestra alteza tenga razón.

—Sí, no lo dudes; en este mundo vemos las cosas bajo diferente prisma, según es la edad del hombre. Tú aun no eres viejo; pero ¿quién duda que á los cuarenta y cinco años se tiene el derecho de ser escéptico respecto á las mujeres? ¡Habrás sufrido en esta vida tantas desilusiones!

—Muchas, señor.

—Y como no se escarmienta en cabeza ajena, yo necesito sufrirlas también. Mientras esto no ocurra, las mujeres me parecerán ángeles.

Tanucci se sonrió.

Si no hubiera sido porque el príncipe dudase de la

veracidad de sus palabras, hubiérase apresurado á hacer un encomio de las mujeres.

Su pauta, como ya hemos dicho, era no contradecir en lo más mínimo á don Carlos.

Por este procedimiento logró granjearse su estimación.

La barca se deslizaba mansamente sobre las olas.

En aquel momento la tarde declinaba.

El sol, como un globo de fuego, hallábase muy próximo á desaparecer entre las ondas, y enrojecía con sus cárdenos rayos la inmensa superficie del mar.

El príncipe seguía embelesado en su contemplación.

—Señor, —le dijo Tanucci, —pronto cerrará la noche. ¿No encuentra oportuno vuestra alteza que regresemos?

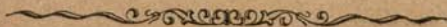
—¿Para qué? ¿No te agrada que prolonguemos el paseo?

—Como queráis.

—La tarde está hermosísima, y, por lo tanto, hay probabilidad de que la noche siga lo mismo. Si no te origina molestia, continuaremos.

—Como vuestra alteza quiera.

Y la barca, impulsada por los remos, continuó cortando las ondas con su esbelta quilla.





## CAPITULO XXXIII

---

Un paseo por el mar.

A barca iba bogando hacia la isla de Caprera.

Era ese instante en que el sol arrebola el horizonte con sus lucentes reflejos, como despidiéndose con todos sus esplendores hasta el siguiente día.

El diálogo del príncipe y Tanucci había cesado.

Don Carlos iba reflexivo, y el caballero italiano, en su constante deseo de no contrariarle en lo más mínimo, guardaba silencio.

Hubo, sin embargo, un detalle que le hizo quebrantar su propósito.

En dirección contraria á la barca en que iban bogaba otro esquife.



En la parte de proa iban dos marineros.

La de popa iba ocupada por tres personas.

Un respetable anciano, un joven y una hermosísima dama.

Esta era casi una niña.

Sus cabellos eran rubios como el oro, y sus ojos azules como el cielo.

Su tez era ligeramente pálida.

El joven que iba á su lado contaría, poco más ó menos, los años que el príncipe.

En cuanto al anciano, tenía los cabellos completamente blancos.

La hermosa joven fijó sus ojos en el príncipe y en Tanucci, apartándolos en seguida con cierto rubor.

En cuanto á don Carlos, siguió con la vista á aquella beldad.

Este detalle no pasó desapercibido á los ojos del ayo del príncipe.

Las barcas se cruzaron.

—¡Qué hermosa es!—exclamó don Carlos en voz baja, pero no tanto que su acompañante no oyera sus palabras.

—Con efecto, es una encantadora joven.

—Debe ser napolitana.

—Creo lo mismo.

Don Carlos dió orden á los marineros para que hicieran virar el esquife.

—Si te parece, Tanucci, —dijo,—volveremos á Nápoles.

—Lo encuentro muy oportuno, —respondió el interpelado.

La barca viró en redondo á impulso de los remos y siguió el mismo derrotero que el esquife en que iba la hermosa joven que acababa de llamar la atención del príncipe.

Poco tardaron en darle alcance.

Verdad es que el esquife en que iba aquella deidad deslizábase con cierta pereza y gallardía sobre las ondas.

Don Carlos fijó de nuevo sus ojos en la joven.

Esta conversaba en aquel momento con el anciano que iba sentado á su derecha, y que debía ser su padre, pues había en las facciones de ambos alguna semejanza.

Poco después, las dos barcas atracaban en la orilla.

El joven que acompañaba al anciano y á su hija, saltó á la playa, ofreciendo su mano á la segunda.

Esta se apoyó ligeramente en ella, y dando un gracioso salto, puso sus diminutos pies sobre la movable arena.

Luégo los tres se internaron en las calles de la ciudad.

—¡Qué hermosa es! —repitió el príncipe.

—Parece que á vuestra alteza se le va disipando la melancolía, —añadió Tanucci, sonriéndose con cierta malicia.

—¡Hé ahí una joven que de seguro haría que desapareciera el tedio que tengo!



—¿De veras?

—¿Quién lo duda?

—Si eso fuese cierto...

—¿Qué harías, mi querido ayo?

—La pregunta es innecesaria. Sabiendo positivamente que la posesión de esa joven había de disipar vuestra tristeza, procuraríá conseguir que os correspondiese.

—¡Ah! ¡Si eso fuese posible!

—Nada más sencillo.

—No me lo parece tanto.

—Tened en cuenta, señor, que sois príncipe; que, como antes decíais muy bien, el porvenir os sonríe, y que habrá muy pocas mujeres que resistan á vuestros deseos.

—Sin embargo...

—¿No queréis que hagamos una prueba?

—¡Ah Tanucci, por ser dueño de esa mujer no sé lo que daría!

—Pues lo seréis. Por el pronto va á permitirme vuestra alteza que no le acompañe.

—Desde luégo.

El ayo del príncipe siguió la calle por donde acababa de aventurarse la hermosa desconocida.

No tardó en divisarla.

Siguieron por la calle de Toledo, deteniéndose delante de la puerta de una casa de buena apariencia.

Allí el anciano y su hija se despidieron del joven que los acompañaba, y penetraron en su casa.

Tanucci no había perdido el tiempo.

Había averiguado por lo menos el domicilio de la joven.

¿Qué procedía después?

Saber quién era el anciano, la posición social en que se hallaba, el nombre de la joven, y si ésta era dueña de su corazón.

Nada más fácil que adquirir todas estas noticias.

Tanucci tenía influencia y oro.

Con estas dos poderosas palancas, ¿no había de encontrar la clave para resolver el problema?

Al día siguiente supo por medio de uno de los criados de la casa que el anciano llamábase don Félix de Montalbi, que era un reputado médico napolitano, viudo desde hacía algunos años, y padre de la hermosa Josefina, que era la joven que había cautivado el corazón del príncipe.

También supo Tanucci que Josefina sostenía relaciones con un joven llamado Roberto Estrañi, que era el que la acompañaba la tarde anterior en su paseo por el mar.

—Esto implica bien poco, —se dijo el ayo de don Carlos; —por buenas que sean las cualidades que adornen á ese muchacho, no tiene la de ser príncipe. No es, por lo tanto, posible establecer comparaciones entre ambos.

Luégo preguntóle al sirviente de don Félix:

—¿Ama mucho tu señorita á ese joven?

—Mucho, señor, —respondió el interpelado.

—Y don Félix, ¿es gustoso en que se verifique esa boda?

—Hé ahí una cosa que ignoro.

—¿Pues cómo?

—Porque el novio de la señorita aun no ha pedido la mano de ésta á mi señor.

—¡Ah! ¿Luego falta ese indispensable requisito?

—Sí, señor.

—Perfectamente.

Tanucci recompensó con largueza al criado de don Félix, y en seguida se dirigió á palacio, donde le esperaba el príncipe con impaciencia.

Los ojos de éste se fijaron en los de su ayo como interrogándole.

—Señor, —dijo Tanucci, —ya os traigo algunas noticias.

—Veamos.

—Sé que el anciano á quien hemos visto se llama don Félix de Montalbi y pertenece á una ilustre familia de Nápoles.

—Con efecto, no desconozco el apellido.

—La joven que os ha agradado es hija suya, y se llama Josefina.

—¡Lindo nombre, aunque algo más vulgar que su angelical belleza! ¿Es soltera, por supuesto?

—Sí, príncipe, es soltera; pero su corazón pertenece á un joven que sin duda es el que la acompañaba cuando la conocimos.

—Eso constituye una dificultad.

—No lo crea vuestra alteza. Sus amores con el joven en cuestión deben ser muy recientes, y no parece fácil que hayan echado profundas raíces en su alma.

—Sin embargo...

—Lo peor sería que el padre de Josefina hubiera ofrecido su mano á Estrañi.

—¿De manera que don Félix ignora que su hija ama á ese joven?

—Por lo menos puedo asegurar á vuestra alteza que no le ha otorgado á nadie la mano de Josefina.

—Y ¿de qué medios vas á valerte ahora para que yo consiga su amor?

—De los más sencillos.

—¿Cuáles, Tanucci?

—Como comprenderéis, yo no soy el llamado á gestionar este asunto.

—Desde luego, esas cosas se transcenden.

—Y ¿qué dirían las gentes cuando supieran que vuestro ayo os proporcionaba pasatiempos de esta naturaleza?

—¿Luego es preciso recurrir á un tercero?

—Sí; pero como vuestra alteza comprenderá, elegiré persona de toda mi confianza.

—¿Y la hallarás?

—¡No he de hallarla, príncipe!

—Bien; delego en absoluto en ti mi confianza. Lo único que te encargo es que despliegues toda tu actividad respecto á este asunto, que me inspira el mayor interés.

—Descuide vuestra alteza.

Tanucci hizo un reverente saludo al ilustre joven, y después salió de la estancia.

Era preciso que cumpliera su palabra, y necesitaba meditar.

El caballero dirigióse á su casa. \*

Ésta hallábase próxima á la Villa Real, delicioso paseo, situado á la orilla del mar, que es uno de los jardines más agradables del mundo.

Tanucci estaba reflexivo.

Al penetrar en su casa dirigióse al aposento que había dedicado para sus trabajos.

Una vez que estuvo en él, cerró la puerta, corriendo después el pestillo.

No quería que nadie le interrumpiese.

—De este modo,—se dijo,—me veré libre de importunas visitas.

Con efecto, aquél era el único medio de esquivar la presencia de la multitud de pretendientes que todos los días asediaban al ayo del príncipe.

Todos sabían en Nápoles la cariñosa deferencia con que le trataba don Carlos.

Tanucci se sentó en un sillón cerca de la ventana del aposento, desde la que se descubría el magnífico jardín de la Villa Real, cuya tapia es azotada por las olas del mar.

Luégo apoyó su frente en la diestra, quedando en una actitud pensativa.

—¿De qué medios he de valerme?—se preguntó.—

Muchos hay, pero es necesario buscar el menos escandaloso. Nada más fácil que hallar dos ó tres hombres que efectuasen el rapto de Josefina; pero su padre haría gestiones para encontrarla, y el hecho sería comentado en la ciudad. Si busco una mujer experimentada que trate de alucinar á la hija de don Félix, es fácil que no se llegue al punto que deseo. Josefina sostiene amores con el gallardo mancebo que la acompañaba la tarde que la conocí; esto es una contrariedad. Cuando una mujer está enamorada, es difícil que tuerza las inclinaciones de su corazón.

Tanucci separó de pronto la diestra en que apoyaba su frente.

—Sí,—se dijo;—lo que acaba de ocurrírseme es una gran idea, y me parece que ha de producir los resultados que apetezco.

Y esto dicho, Tanucci se puso en pie, calóse su sombrero y salió de su casa, aventurándose por las calles más céntricas de la ciudad.





## CAPITULO XXXIV

---

Los primeros hilos de una trama.



En cuarto de hora después, el ayo del príncipe deteníase delante de una casa de buena apariencia.

En el ancho zaguán había un criado.

Tanucci se aproximó á él.

—¿Está en casa tu señor?—le preguntó.

—El señor marqués ha llegado hace un momento.

Tanucci, seguido del criado, se aventuró por la escalera.

Un instante después deteníase en la plataforma.

—Anúnciame,—dijo Tanucci.

El criado repasó el umbral de la puerta y dirigióse á las habitaciones de su señor.

Este era un aristocrático joven de veinticinco años. Cuando penetró el criado se hallaba negligentemente tendido en un diván.

Sus negros ojos tenían una expresión varonil y encantadora.

Sus cabellos de azabache formaban caprichosas y naturales ondulaciones

Su frente era despejada.

Su tez trigueña y pálida.

Un pequeño y sedoso bigote sombreaba su labio superior.

En una palabra: el joven á cuya casa acababa de dirigirse Tanucci tenía uno de esos tipos meridionales cuyas líneas, perfectamente acabadas, daban á sus facciones un carácter de varonil hermosura.

Al sentir el ruido que produjo la mampara al abrirse, fijó sus ojos en el dintel.

El criado le dijo:

—Señor marqués, un caballero pregunta por vos.

—¿No le conoces?

—Me parece que no es la primera vez que viene á visitaros.

—¿No será el conde de Massi?

—No, señor; al conde le conozco perfectamente.

—Bueno, sea quien fuere, dile que pase.

El criado se alejó para cumplir la orden.

En cuanto al joven marqués, tomó otra actitud más conveniente para recibir al ayo del príncipe.

Éste no tardó en presentarse.